

Eduardo Renobales

ANV, el otro nacionalismo

Historia de Acción Nacionalista Vasca -
Eusko Abertzale Ekintza





Título: ANV, el otro nacionalismo. Historia de
Acción Nacionalista Vasca-Eusko Abertzale
Ekintza
Autor: Eduardo Renobales
Portada y diseño colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703934
Fax 948 704072
txalaparta@txalaparta.com
<http://www.txalaparta.com>
Primera edición de Txalaparta
Tafalla, octubre de 2005
Segunda edición
Tafalla, junio de 2007

Copyright

© Txalaparta para la presente edición
© Eduardo Renobales

Fotocomposición

Nabarrera gestión editorial

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.
978-84-8136-326-5
Depósito legal
NA-1663-07



Agradecimientos

A Juan Bautista Uribe, de Durango y Teodosio San Martín, de Cruces, militantes históricos de EAE-ANV y veteranos de la guerra civil que me contaron sus vivencias en los frentes de lucha, la cárcel, la represión y el exilio; y a los militantes actuales e históricos de Acción Nacionalista Vasca-Eusko Abertzale Ekintza por su ayuda en todos los sentidos.

A los trabajadores del Archivo del Nacionalismo de Artea, Biblioteca Azkue (Josune Olabarria), Biblioteca de la UPV, Archivo Sancho de Beurko, Fundación Sancho el Sabio, Archivo del Monasterio de Belloc, Biblioteca del Euskal Museoa de Baiona, Irargi, Instituto Gerónimo de Ustaritz... por su amabilidad y profesionalidad.

Al profesor Josemari Lorenzo Espinosa por sus acertados consejos y a Xoxé Estévez por interesarse por mi trabajo sin conocerme.

A Amaia y Xabier por la cantidad de fotocopias que han tenido que hacer y a Lourdes, mi taxista particular.



*Sólo esta libertad nos conceden
los dioses: someternos
a su dominio por voluntad nuestra.
Mejor hacerlo así
pues sólo en la ilusión de libertad
la libertad existe.*

Fernando Pessoa



Prólogo

No es sencillo hablar de aquello que quieres, y aún resulta mucho más complicado analizar profundamente y de una manera fría y distante los detalles más específicos de su historia.

Los firmantes de este prólogo llevamos acumuladas a nuestras espaldas décadas de militancia en Eusko Abertzale Ekintza, y esto ha marcado nuestras vidas y nuestra forma de entender Euskal Herria. Como tantos otros compatriotas, no podríamos concebir la lucha en favor del socialismo y la independencia de Euskal Herria sin Eusko Abertzale Ekintza.

Para muchos de los ekintzales de hoy, la historia de EAE-ANV es, al mismo tiempo, la historia del aita, de la amona o del aitona. La nuestra es a menudo una militancia heredada, y se ha convertido asimismo en uno de nuestros rasgos definitorios. Tal vez por esta razón, los ekintzales no hemos padecido lo sucedido en otros sectores de la Izquierda Abertzale, el síndrome de los "descarriados" hijos del PNV. En nuestro caso, hace tiempo que nos encontramos políticamente en frente de los jeltkides, a pesar de que en coyunturas históricas concretas (como la guerra civil) hayamos compartido filas, tal y como el lector podrá apreciar a lo largo de las páginas de este libro;

a fin de cuentas no podemos olvidar que el actual EAJ y EAE-ANV casi nacieron a la par en 1930.

El ser una formación política de estas características nos da el privilegio de tener una militancia con más de setenta años de historia en Euskal Herria. ¿Qué puede llevar a una persona a mantener durante todo este tiempo un mismo carné político? Ésta es una pregunta que puede formularse a cualquiera de los más veteranos de nuestro partido.

En 1930, cuando un grupo de abertzales decidió formar Eusko Abertzale Ekintza - Acción Nacionalista Vasca, difícilmente podría pensar que 75 años después otro grupo de hombres y mujeres mantendríamos en pie la bandera entonces alzada, y que los jóvenes que militaron junto a ellos, hoy convertidos en ejemplares y respetables aitonas, llegarían a acercarse a la militancia ekintzale a toda una nueva generación tras la muerte de Franco.

A pesar de todo esto, EAE-ANV sigue siendo el gran desconocido dentro de la Izquierda Abertzale. Son varias las razones que explican este fenómeno. Por una parte hay que reconocerle al EAJ-PNV el trabajo maestro realizado a la hora de arrogarse de forma exclusiva la representatividad del "nacionalismo vasco histórico", y por otro, reparar en que en algunos sectores de la Izquierda Abertzale nunca ha existido el interés suficiente en reivindicar para sí esta realidad. Incluso a menudo seguimos escuchando que la Izquierda Abertzale surgió hace cuarenta años con el nacimiento de ETA. Las razones de esta amnesia histórica deberían ser explicadas por estos sectores, ya que la misma organización armada en sus comienzos, durante los oscuros años del franquismo, expresó todo su respeto tanto para con estas "viejas" formaciones políticas como para con sus ideas.

La Izquierda Abertzale ha cumplido 75 años, y nació con EAE-ANV. Esto es así. Los hombres y mujeres de EAE-ANV sentaron los cimientos de la Izquierda Abertzale en la década de los treinta, fueron las guerras y la posterior represión las que poco a poco minaron y debilitaron ese pequeño pero vigoroso partido. EAE-ANV sumó cerca de 550 muertos como consecuencia de la guerra y de la represión. A estos gudarís hay que añadir, además, a los alcaldes, concejales, cuadros

políticos, militantes de base y a los cientos de presos políticos y exiliados a los que ha alcanzado hasta hoy la interminable cadena de la represión.

Esperamos que las páginas de este libro tengan la capacidad de poner las cosas en su sitio, y en este sentido queremos agradecer la labor realizada a Eduardo Renobales, el historiador y autor del mismo, quien asumió el arduo trabajo de investigación que requería el hacer frente al reto de recopilar todos los datos suficientes para componer el recorrido histórico de nuestra formación.

El lector se encontrará con el periodo de la historia de Eusko Abertzale Ekintza - Acción Nacionalista Vasca que abarca desde 1930 hasta 1981. Los años que nos separan desde entonces hasta ahora necesitarán de un análisis posterior para poder dotarlo de una mayor perspectiva histórica que vendrá en buena medida dada por la militancia que hace que permanezca viva la historia EAE-ANV.

¿Qué es lo que hace posible que un partido pequeño como EAE-ANV perdure durante tantos años mientras numerosas formaciones y movimientos de la Izquierda Abertzale con mayor número de militantes y más recursos han ido desapareciendo? ¿A qué se debe que 75 años después de la firma del Manifiesto de San Andrés, EAE-ANV sea un agente político activo presente dentro de cuantos foros y debates se organizan dentro tanto de la Izquierda Abertzale como de nuestro pueblo? El lector tendrá la oportunidad de dar respuesta a estas cuestiones en las páginas que siguen.

Para finalizar, queremos reafirmar nuestro compromiso de mantener en alto la bandera alzada en 1930 hasta alcanzar el sueño de nuestros predecesores políticos, *Aberrri askea herritar askeentzat*, anteponiendo siempre, tal y como ellos nos enseñaron, el Pueblo al Partido. Mientras tanto continuaremos trabajando desde la pequeña pero enérgica formación nacida en 1930 que a día de hoy todavía tiene mucho que decir en la Euskal Herria del siglo XXI.

Euskal Herria, agosto de 2005.

Kepa Bereziartua y Antxon Gómez

Lehendakari y secretario general de EAE-ANV



¿Por qué ANV?

Muchas veces me he puesto a pensar en cómo dos hombres que han nacido en el mismo pueblo y en el mismo ambiente, de parecida situación económica y social, que han ido a la misma escuela y luego se ganan la vida trabajando, sean el uno socialista, por ejemplo, y el otro, carlista. Muchas veces he pensado en esto y siempre he llegado a la misma conclusión: la diferencia no está en los dos hombres sino en sus carnés de filiación política.

Las personas no se entienden en política, aunque se den las circunstancias paralelas que he dicho porque sus carnés no pueden entenderse. Las personas no son tan rápidas y frías, pero los carnés sí; y son éstos los que comunican su carácter a quienes los llevan en el bolsillo. Los carnés son capaces hasta de ir a la guerra civil.

Es humano, aunque no es bueno, que un rico sea partidario de un régimen político que le asegure una posición privilegiada, como es humano, y bueno además que un trabajador lo sea de otro sistema que imponga una justicia distributiva. Ambas posiciones son comprensibles, como lo es la diferente mentalidad de un patrono y de un obrero, y aún, por defecto de educación y la fuerza de la costumbre más que por mal-

dad, que un noble con escudo de armas y pergaminos se crea de condición no ya social, sino humana, física también, superior a la del bracero que apenas si tiene otra cosa que sus brazos y unos apellidos vulgares, de éstos que tiene cualquiera. Todo eso se comprende, pero resulta incomprensible que dos hombres iguales en todo lo demás sean tan diferentes políticamente, es decir, resultaría incomprensible si no tuvieran carnés.

¿Y cómo se hace un muchacho con un carné? Porque la cosa suele empezar generalmente en la juventud, a menudo por causas que nada tienen que ver con una conciencia política; porque un amigo tiene ese mismo carné, porque un enemigo personal tiene el contrario, porque ha oído a un orador político que se ha ganado su temperamento impresionable, porque su padre lo tuvo, porque... Por cosas que muchas veces se dan sin que exista una previa formación política; y con esa generosidad tan propia de la juventud sin tener en cuenta su propia situación social y económica.

Una vez que el muchacho tiene carné de afiliación política en el bolsillo, lo más probable es que, haya acertado o no, siga con él toda la vida; y a medida que van pasando los años, ese hombre se identifica más y más con su carné, y entonces, todo intento para convencer a un trabajador de que no debe ser partidario de un sistema capitalista es inútil. Al contrario, lo único que conseguirá usted con sus razonamientos, y más cuando más razonables sean, será hacer que se aferre con más fuerza y terquedad a su carné.

La existencia de los partidos políticos es buena para que las ideas puedan propagarse con alguna eficacia; la agrupación de los que tienen, al menos en lo fundamental, una misma ideología es conveniente; pero son muchos los que por temor al carné, no se afilian a ningún partido, ni siquiera al de sus simpatías. Y en la práctica, suele verse que los triunfos electorales no los dan exclusivamente, ni siquiera principalmente los que poseen el mismo carné del candidato, sino éstos que se llaman simpatizantes, es decir, los correligionarios sin carné.

Se me dirá que cualquiera puede romper su carné y hacerse con otro nuevo o quedarse sin ninguno, pero no es tan fácil. Romper un carné es romper con todo un pasado político, reconocer que ha estado uno equivocado durante toda su vida anterior, y eso no tiene nada de fácil. El hombre es de-

masiado terco para hacer eso. Esa terquedad es buena cuando uno, de primeras, ha tenido la suerte de acertar. ¿Y cómo se acierta?

En el hombre se da siempre una circunstancia que es independiente de su posición económica, del ambiente social en el que vive, de su educación; independiente hasta de su propia voluntad: esa circunstancia es la de su nacimiento, la de su nacionalidad. Se nace vasco, o alemán, o japonés, y eso no tiene rectificación posible; en eso, cada uno es lo que es y tiene que seguir siéndolo: es esa una obligación que le impone su propia naturaleza y, por lo tanto, ineludible a lo largo de toda su vida. Por lo mismo, si el vasco de hoy no es partidario del renacimiento nacional de la patria y, por lo tanto, de sí mismo, es, políticamente, un anormal, un desviado, un equivocado, cuando no es algo mucho peor.

Entonces, lo primero que debemos ser políticamente es lo que somos naturalmente: vascos, no de una naturaleza perezosa, sino constantemente más vascos. Si vamos dejando de ser, si consentimos que nuestro vasquismo original vaya siendo disminuido por influencias extrañas, seremos cada vez menos lo que somos de nacimiento. No es pues, nuestro vasquismo un capricho sino una exigencia de nuestra propia naturaleza. Si no atendemos a esa exigencia, pagaremos muy caro el pecado: será cada vez menor nuestro valor humano. Cuando el hombre va dejando de ser lo que es, va valiendo cada vez menos.

Nuestro carné político ha de tener, pues, una anotación primera y principal: la de vasquismo. Pero enseguida viene una pregunta: políticamente ¿cómo he de ser vasco? Nosotros entendemos que la mejor manera es la de, conservando los valores tradicionales de nuestro pueblo que son muchos y buenos, estar a tono con los tiempos. Es decir, ser vascos que, juntamente con la libertad de la patria, amen también apasionadamente la libertad personal; que respeten la conciencia de los demás como quieren que se respete la propia; que hagan de la solidaridad una idea que comprometa la conducta de cada uno y que no sea una palabra vacía o mentirosa, que no se conformen, ni menos defiendan un estado de cosas según el cual mientras unos, los más, viven en el esfuerzo y en la pena del duro trabajo diario sin poder salir de la miseria, otros están en la abundancia a costa de aquéllos: que tengan una idea clara de la dignidad de la persona, igual en todos, cualquiera que sea su condición; que deseen una organiza-



ción política en la que los cargos representativos o de autoridad no se confieran para mandar, sino para servir al pueblo; que, con un alma cristiana y humilde no se sienta animadversión ni desprecio por ningún pueblo, sino al contrario... Creemos que nuestro partido, Acción Nacionalista Vasca, es el que mejor se conforma con los valores tradicionales del pueblo vasco y con las exigencias del tiempo presente. Ese es nuestro carné.

José Olivares Larrondo, *Tellagorri*
Tierra Vasca, 15 de noviembre de 1956, Buenos Aires



El ideario de ANV

Definir en pocas líneas nuestro ideario político no es tarea fácil. Una gran parte de esa labor ha de corresponder a nuestros afiliados y simpatizantes más jóvenes, y a los no tan jóvenes, en el momento en que podamos recuperar las libertades democráticas. Mientras tanto, iremos exponiendo en ACCIÓN las líneas generales del programa que nuestra organización aprobó hace treinta años, en tiempos de libertad, que nosotros no hemos conocido, en vísperas del comienzo de la guerra desatada por la megalomanía de un general traidor, auxiliado por el apoyo internacional de la Alemania hitleriana y la Italia fascista, en cuyo modelo se inspiró el actual Estado franquista.

Digamos sencillamente que somos alaveses, guipuzcoanos, vizcaínos y navarros, en una palabra, VASCOS, y que queremos que nuestra Patria, EUZKADI, tenga derecho a su autodeterminación a fin de que ella elija libremente su destino; derecho a la autodeterminación contemplado hoy por las resoluciones de la ONU y por la práctica internacional. Así pues, el reconocimiento de esta facultad de nuestro pueblo para su autogobierno –del que naturalmente deben disfrutar el resto de los pueblos del Estado español– es una de nuestras premisas fundamentales.

Otra de ellas está bien expresada por el lema que campea debajo de nuestro título: «Solidaridad nacional y justicia social», entendiendo por tales que aspiramos a formar un ente político-económico en el que desaparezcan las diferencias de clase y la explotación del hombre por el hombre, en una sociedad justa en la que los bienes producidos por la comunidad se repartan de manera equitativa entre todos los seres que la conforman. Todo ello dentro de la libertad, pues no admitimos totalitarismos ni dictaduras, ya sean éstas rojas o de color de fraile. Libertad para nuestra Patria y libertad, garantizada por el orden democrático, para todos sus ciudadanos.

Circulamos clandestinamente en el interior de nuestra Patria porque estamos luchando contra la tiranía franquista. Mientras llega la esperada hora de la liberación, queremos ser portavoces de cuanto renovador y progresista se encuentre entre nuestra ciudadanía. Nuestra militancia política nos encuadra dentro de Acción Nacionalista Vasca, partido vasco perteneciente a la izquierda democrática, bajo cuyas banderas esperamos encontrar tanto a sus adherentes veteranos como a todos aquellos que simpaticen con un pensamiento puesto al día en las modernas corrientes de la Historia.

Acción Nacionalista Vasca, Caracas. n.1, 1965

Lema de Acción Nacionalista Vasca:

«No importa de dónde vienes, sino a dónde vamos».





Introducción

El nacionalismo vasco y la historia

Cuando alguien se aproxima al fenómeno del nacionalismo vasco, descubre sus orígenes, indaga su evolución, analiza sus contradicciones... acaba planteándose la desconcertante pregunta de ¿cómo es que siendo el País Vasco una entidad nacional consolidada y específica, con autonomía fiscal y política secular, finalizando el siglo XIX y habiendo adquirido la soberanía la mayor parte de los pueblos de Europa muchos de ellos con una tipología, idiosincrasia y cohesión interna mucho menor, cómo pues, aquéllos han alcanzado el total gobierno y los vascos siguen en el limbo político sin soltar amarras con los Estados español y francés? Estos rasgos característicos que habían supuesto su pervivencia, esa tradición de autogobierno, esas instituciones propias, esos caracteres únicos que le definen como pueblo... todos esos condicionantes que, en principio favorecían a los vascos mucho más que a otros pueblos sin tanta tradición, no desembocaron en la creación de un Estado vasco propio en la época moderna, cuando durante el XIX los nacionalismos sacuden a toda Europa.

La herencia de los derechos históricos supone un sostén esencial en el acervo ideológico del nacionalismo aranista, pero a la vez vemos que representó un obstáculo en la conse-

cución de un Estado propio. Detengámonos por un momento en esta aparente contradicción. La autonomía entre los diversos herrialdes (un cantonalismo que provoca la división y la descohesión al faltar un ente superior que aglutine esas diferencias), argumento básico en el pensamiento del PNV, muestra la carencia de un modelo estatal (algo que no ocurre en Catalunya –incluso Galicia– por ejemplo, que pierde su autogobierno con la llegada del primer Borbón). Con la definitiva caída de Nafarroa tras la rendición de Hondarribia (1524), el resto de los vascos, («vascos inconscientes» les denomina Anacleto de Ortueta) que ya llevaban asociados a la corona de Castilla desde 1200, pierden la percepción de la idea nacional. Los Fueros, el autogobierno de igual a igual, oculta la falta de soberanía efectiva y mantiene a las clases dirigentes, y no digamos ya sobre los estamentos populares, en la errónea creencia de que ellos decidían en sus asuntos sin injerencias, cuando en realidad las cosas funcionaban al ritmo que necesitaba la monarquía castellana en un principio y española después. Ese mito de la Ley Vieja (*Lege Zaharra*), esa imagen del rey de Castilla yendo a jurar los fueros a Gernika, solapaba la cruenta realidad de que los vascos se hallaban al albur de la razón de Estado (español) de cada momento. Incorporados a la conquista de un imperio donde no se ponía el sol, eran arrendatarios de su propia casa, sin tener derechos consolidados sobre ella y nos hace dudar seriamente de quién cedía ante quién en el acto de la jura.

Tal sinrazón forrada de presunto autogobierno y la heterogeneidad del país impidieron siquiera la reseña de un nombre común para todo el territorio y su definición.¹ Se tomará para suplirlo un concepto quizá más cultural y geográfico que político: Euskal Herria (el pueblo que habla euskara).

De esos lodos llegó la desvertebración de Nafarroa en el Estatuto que se plebiscitará durante la Segunda República española (estrategia divisionista españolista que aparece explícita en la famosa carta de respuesta de Prieto a Urrangoetxea) y lo mismo ocurrirá en la transición tras la muerte de Franco. Toda esta dinámica disgregadora impulsará la consolidación de tres grupos regionales que alejarán cualquier atisbo de uni-

1. En las últimas décadas historiadores modernos (muchos reunidos en la asociación Nabarralde) han enlazado con las tesis de uno de los fundadores de Acción, Anacleto Ortueta, decantándose por definir como Nafarroa al Estado político de los vascos. Autores como Esarte, Urzainki, Sorauren, avalan en sus estudios esta tesis.

dad: Araba-Bizkaia-Gipuzkoa por un lado, Nafarroa por otro e Iparralde aparte, no sólo desgajado del tronco común tras la invasión de 1512, sino que se incorporará, contra el deseo de sus habitantes, a otro Estado. Pero, lo lamentable del caso es que ni siquiera el idioma pudo servir de elemento aglutinador. Dividido en diversas expresiones dialectales, el euskara a la vez que tesoro cultural ejerce de elemento diversificador para su propio pueblo. Su falta de unificación supone una traba más en la dispersión de los vascos. La marginación y arrinconamiento institucionales, la dejadez de los propios vascos en la defensa y potenciación de su idioma nacional, la secular falta de apoyo para situarlo como elemento fundamental en las escuelas y en la vida pública, propicia que la diferenciación euskaldun-erdaldun se traslade al marco político interesadamente, creando una bipolarización entre los habitantes de Euskal Herria, clave política de la desunión que potencian y de la cual se benefician aún en estos mismos momentos los partidos mal llamados no nacionalistas, ya que si bien no son nacionalistas vascos, pretenden ocultar o disfrazar que su nacionalismo es español.

Otro factor disgregador supone la inexistencia de un mercado económico y productivo común. El país es pequeño, con excedentes limitados y cantonalizado, lo que favorece una cierta desvertebración real en la gestión de los recursos y en una visión comunitaria. Producto de las primeras corrientes modernizadoras, Hegoalde sufre una industrialización salvaje ("casualmente" al amparo de la derogación foral) que beneficia a una poderosa clase oligárquica plenamente españolista y que, con el continuo aporte de gentes extrañas a la cultura vasca, dividirá al país en dos comunidades casi siempre enfrentadas y que aún hoy, no han sido capaces de articular una salida negociada a un conflicto que parece interminable y que, por el contrario, es más fácil de solucionar que otros que sí han desarrollado vías de arreglo.

Para cerrar esta cuadratura del círculo, Sabino Arana cimentó sus tesis de afirmación nacionalista en los derechos históricos y no en el tronco común que representaba el exterminado Reino de Nafarroa. Con ello propició que la división intra vasca continuara y se potenciara, situación que acabará desembocando en los hechos acaecidos en 1932 y 1978, con Hegoalde fragmentada en el ámbito institucional. ¡Ay, esa máxima romana de: *dividi et impera!* (¡divide y vencerás!) Sólo sectores pequeño burgueses y ciertas capas de trabajadores

autóctonos en las zonas urbanas y los sectores rurales mantenían el espíritu de la autoafirmación arraigados en la tradición y la cultura frente al liberalismo industrializador, uniformizante y desnacionalizador.

La paradoja histórica del nacionalismo vasco queda de esta forma firmemente arraigada entre las bases de los derechos históricos y el Derecho de Autodeterminación; aflorará muy pronto (hacia 1910 con el precursor de un nacionalismo de izquierdas, Ulazia), generando tensiones que se perpetuarán en el tiempo hasta el momento actual en el seno del mundo nacionalista vasco, primero reflejadas en las disputas entre comunionistas y aberrianos, luego desde la apuesta de los reformistas de ANV, (el fundador e historiador Anacleto Ortueta especialmente), los independentistas del Jagi-Jagi, hasta enlazar con los jóvenes de Ekin, ETA y la izquierda abertzale actual. A partir de este cúmulo de contradicciones, llegamos a ver que el pueblo más viejo de Europa sigue envuelto en disquisiciones de si es mejor la autonomía, la autodeterminación, el vivir cómodos en España, el intervenir en una hipotética confederación de Estados Ibéricos...

Con todo, es evidente que en la raíz, Euskal Herria sigue viva. Que el viejo reino vascón de Eneko Aritza mantiene su espíritu. De ello es ejemplo palpable el que los vascos sigan luchando en busca de su libertad y reconocimiento nacional y que el euskara se aferre en la garganta de los euskaldunes como el musgo a la roca, siendo el estandarte de su lucha.

La derrota foral acaecida en 1876, tras la conclusión de la Segunda Guerra carlista, supuso el fin del ensueño de los derechos históricos. Con la abolición de los Fueros, incluso el sector liberal se muestra partidario de mantener al menos sus aspectos económicos (el Concierto) ya que, siendo burguesía monopolista, le conviene su pervivencia como método de acopio mercantil. Pero, a su vez, las masas carlistas vascas quedan desencantadas con una capitulación que les priva del aspecto de lucha nacional que el movimiento integrista portaba.

En este caldo de cultivo, y con el reflejo de los movimientos nacionalistas europeos ya desarrollados o en proceso de hacerlo, el nacimiento de un movimiento similar en Euskal Herria era cuestión de tiempo. Germinaba al final de un complejo proceso cimentado en aspectos variopintos como:

–El mito (Túbal, Aitor, Jaun Zuria, euskara la lengua del Paraíso, la batalla de Arrigorriaga...): siguiendo los pasos de

cualquier otro movimiento nacionalista, pues todos se justifican en hechos legendarios de su pasado.

–Un sustrato cultural y étnico con una educación con particularismos propios y únicos basados en el mundo conceptual del euskara a pesar de las trabas oficiales contra el idioma, una opinión pública con elementos diferenciales, una idiosincrasia social de caracteres modernos y que, con el fomento de la alfabetización y la militancia, que evoluciona hacia formas más innovadoras y europeas. Junto a todo un mundo ideológico específico, se desarrolla un espacio económico que, aunque casi siempre es manejado por una oligarquía españolista, genera unas estructuras socio-económicas de desarrollo muy alejadas de una España rural, empobrecida y latifundista aumentando el abismo social, económico y cultural con el resto del Estado español y afirmando con mayor contundencia los rasgos específicos del pueblo vasco, generando una verdadera entidad diferenciada (aunque desvertebrada en su interior) con una economía regional completada con un centro financiero y difusor en la villa de Bilbao.

–Una realidad histórica avalada por la cohesión de las tribus vasconas que les permitieron sobrevivir a imperios e invasiones sin modificar sus caracteres primigenios y que **germinaron** antiguamente en estructuras estatales como el Ducado de Vasconia y el Reino de Nafarroa.

–Una nítida autoafirmación como pueblo, base esencial que avala y sustenta su desarrollo para cualquier intento de construcción nacional.

Todas estas particularidades propician la aparición de una constatación colectiva peculiar basada en elementos históricos, étnicos, lingüísticos, culturales y etnográficos y de tradición foral de autogobierno. Es evidente que la conciencia nacional que arraiga en el siglo XX se cimenta en los elementos diferenciadores que se articulan en el XIX bajo una conciencia de pueblo especial. Dicha reafirmación nacional tiene a su vez como punto de partida la revalorización que se inicia en el XVIII de la lengua vasca (Larramendi, Astarloa, Mogel...) que, surgiendo de apologías a veces poco sustentadas en la realidad, pero arraigadas a las esencias puras del país y buenas dosis de amor por la tierra y voluntarismo, se abren paso hasta enlazar con el trabajo del príncipe Luis Luciano Bonaparte, que iniciará una andadura moderna y rigurosamente científica.

Los fueros como elementos de soberanía para el nacionalismo

El fuerismo presupone la existencia de una conciencia nacional antes de la aparición del nacionalismo. Sin embargo, el nacionalismo rompió con la tradición política vasca, incluso con la fuerista, que no puso en duda la unidad de España. La ubicación del nacionalismo vasco era muy difícil en el engranaje jurídico-político español ya que identificaba fueros con soberanía, un pacto de los vascos con la Corona, asemejando a los territorios con Estados autogestionados.

Mientras la discusión fuerista pendulaba entre abolición-reintegración, las tesis nacionalistas entraban en colisión con cualquier constitución española pues definía a los fueros como derechos (históricos) y no privilegios, anteriores incluso a la idea de España. El nacionalismo vasco tarde o temprano abogaría por el derecho de autodeterminación e iba a suponer el mayor peligro para la unidad de España desde los Reyes Católicos.

Si bien resulta indudable el sentimiento de un tipo de percepción nacional, desde al menos la caída del Imperio romano, que propicia el que los vascos se mantengan como pueblo netamente diferenciado de los que le rodean, aunque en continuo retroceso, una personalidad nacional radicada en la unidad étnica (raza, cultura, idioma, un universo ideológico común), esta situación se va a ver acelerada a partir del año 1200 cuando las tropas castellanas conquistan Gasteiz. Desde ese momento, se acentúa la destrucción paulatina de Euskal Herria como pueblo, con la inestimable ayuda de grupos *cipayos* autóctonos. La desmembración del reino vascón de Nafarroa se edulcora con la concesión/compartición de los Fueros.

Otorgar Fueros era reconocer situaciones jurídicas anteriores («usos y costumbres») y respetarlas en un nuevo marco de presunta concordia. Xoxé Estévez dice que el pactismo funcionó aceptablemente con los Austrias. Pero la situación cambió de raíz con la llegada de los centralistas Borbones. Se comenzó a agitar la idea fueros=privilegios. El primer paso para su eliminación estaba dado ya que el pacto nunca fue entre iguales aunque algunos, y en ciertas épocas, se manifestaron así. Siempre una parte, la española, mantenía el mango de la sarten bien sujeto.

La irrupción del modelo de Estado centralista moderno se muestra incompatible con la presencia de un régimen foral,

autónomo en su misma esencia; la situación en que ambas partes (una más que la otra, como queda dicho) se habían beneficiado, se va al traste.

La crisis económica y el traslado de las aduanas interiores a la costa y a los Pirineos provoca la división de la sociedad vasca en dos grupos bien diferenciados. Por un lado, unas elites ricas oligárquicas e industriales, herederas en algunos casos de los *jauntxos* medievales, españolistas, liberales, anticlericales y antiforales. Demandan la apertura de fronteras y la abolición foral para constituir un mercado (estatal) más amplio. Por el contrario, las capas populares y rurales, menos influyentes en los sectores económicos e industriales que se empiezan a desarrollar, demandan precisamente todo lo contrario. La presencia de aduanas fronterizas con Francia implicaba la desaparición de poder adquirir bienes a bajo precio, encareciendo los artículos básicos y, por ende, el nivel de vida, sin posibilidad de equilibrarlo mediante la obtención dineraria. Su defensa de los modos tradicionales de vida les abocará a abrazar la causa carlista y la protección a ultranza de la foralidad. Será nuevamente un camino errado ya que también impedía en realidad el desarrollo de Euskal Herria como nación. Sólo la derrota tras la Segunda Guerra carlista (1872-1876) propiciará que del sustrato del carlismo surja un nacionalismo vasco que quemará fases rápidamente en la demanda del derecho de autodeterminación.

Así, los dos sectores vascos tan desiguales en el ámbito socioeconómico, adoptarán, en defensa de sus intereses, dos posiciones ideológicas y políticas contrapuestas. Los primeros se convertirán en liberales, antiforales y españolistas. Los segundos se volcarán en el derecho de los «usos y costumbres», en la conservación a ultranza del fuero cayendo en la órbita del carlismo, integrista, reaccionario y antiliberal.

Y es que el carlismo vasco incurría en una notoria contradicción intrínseca. En su lucha por la defensa de la libertad foral, la religión y los derechos históricos, la masa popular euskaldun arropa a un movimiento nacido de diferencias entre los Borbones, ultra católicos, derechistas, centralistas y enemigos de cualquier atisbo de igualitarismo social.

Ello sólo puede ser achacable a la falta de cohesión nacional que afectaba a los vascos desde el Medioevo. Cuando la presión extranjera había impedido la visión de Nafarroa como expresión del Estado vasco y las injerencias de Castilla

llevaron a la compartimentación del resto de los territorios de Hegoalde, el Fuero tenía una semilla de libertad, pero a la vez portaba un germen de destrucción de cualquier idea de nación.

La apuesta de los vascos por el carlismo como vía para defender sus intereses, fue una jugada lamentable y contradictoria, obligada por las circunstancias. La desamortización acabó con el comunal, que era una reserva económica que permitía sobrevivir a numerosas familias de una forma digna. Cuando el comunal pasa a manos privadas, la precariedad en las clases más modestas (jornaleros, campesinos, pequeños propietarios...) se acentuó y no fue difícil que equipararan liberalismo con desamortización engrosando las filas del campo más conservador y antiprogresista. Era un callejón sin salida. Si perdían, caían en manos de los liberales centralistas y librepensadores. Si el carlismo hubiese triunfado, su nacionalismo español no podía sino acabar chocando con las aspiraciones de los vascos, como veremos que ocurrirá en 1931 con la alianza carlista-peneuvista de las primeras Cortes republicanas madrileñas.

Con la abolición de los Fueros, Euskal Herria en su conjunto acabó perdiendo. Los propios liberales autóctonos terminarán protestando por cómo se iba desarrollando la posguerra en materia jurídico-política. En este contexto, el Concierto Económico fue utilizado como una herramienta amortiguadora del proceso de centralización que, imparablemente, se estaba produciendo, añadiendo que las bases jurídicas del Concierto siempre fueron inciertas por quedar a la discreción del poder central de turno. Euskal Herria volvía a una situación de estancamiento ideológico. Sólo podía despertarla un grito inequívoco: «Euzkadi es la única patria de los vascos».



I

España a la conclusión de la dictadura de Primo de Rivera

Situación general en 1930

España vive unos días caóticos al iniciarse la década de los treinta. El peculiar dictador Primo de Rivera inicia el año con su derrocamiento y el exilio. Morirá poco después. Durante algo más de seis años, se había dedicado a arreglar los males endémicos de España con una suerte dispar. Proclama la dictadura con el amparo del rey Alfonso XIII en un momento agudo de crisis dentro de una situación de inestabilidad sempiterna con un ejército dividido, un Parlamento en absoluto descrédito, una administración burocratizada, inepta y corrupta y unos nacionalismos periféricos radicalizados, cada día más osados y coordinados.

Al abrigo de la bonanza mundial durante la década de los veinte, Primo de Rivera levanta presas y pantanos y asfalta viejos caminos convirtiéndolos en carreteras: su éxito más destacado es frenar la sangría que representa el colonialismo imperialista en el Rif, pero poco más. Tras su marcha permanecen cada vez menos agazapados los problemas sociales, la lucha obrera, la resistencia de los campesinos y su demanda de la reforma agraria que nunca llegará, el problema de las nacionalidades que pone en peligro la gloriosa unidad de la Pa-



tria, una crisis económica galopante ante las ondas sísmicas del crack de Walt Street... Incluso el mismísimo entramado monárquico arduamente asentado tras golpear a la Primera República mantiene un precario equilibrio ante fuerzas republicanas y socialistas que le achacan el atraso secular en que vive sumido el país. Un cúmulo de problemas irresolubles que navegan entre el déficit endémico de las arcas del Estado, el atraso, la burocratización y la corrupción administrativa, el analfabetismo, la intransigencia religiosa y el poder de los caciques.

El régimen había abolido el derecho de huelga, pero la presión social había amainado muy poco. Aunque el pistolerismo ya no campaba a sus anchas, tampoco había desaparecido. Los obreros veían que el nivel de los salarios no crecía con la misma rapidez que la ostentosa riqueza de los patronos. Los campesinos y jornaleros estaban cerca de las opciones ácratas y anarquistas, y demandaban la tierra para el que la trabajara. El fracaso político de Primo de Rivera, y por ende de Alfonso XIII, era evidente. Ni siquiera la imitación del fascismo que campaba por Alemania e Italia había sido proporcional. No existía ni un partido de masas, ni órganos de dirección social, ni aún un líder carismático. Fracaso tras fracaso, las dos cabezas visibles del Estado estaban destinadas al exilio y al olvido.

Dimitido el dictador, una semidictadura comandada por el general Berenguer intenta volver al sistema parlamentario, pero choca con la oposición de los partidos políticos que achacan falta de libertad para concurrir a las urnas obligando a una nueva dimisión. Otro nuevo gabinete provisional (bajo la responsabilidad del almirante Aznar), las convocará y será testigo del terremoto que sacudirá a la monarquía cuyas ondas expansivas dejarán al rey en el exilio.

El Pacto de San Sebastián

Convocar una reunión semejante en una ciudad vascongada como Donostia sin invitar a los nacionalistas vascos, podría parecer un contrasentido ya que de lo que se trataba era de aunar voluntades. Donostia era una ciudad turística. Hasta allí se acercaban no sólo burgueses, monárquicos y parte de la realeza, sino también republicanos y progresistas. La muga se encuentra allí mismo y ofrecía posibilidades de hallar cerca refugiados políticos huidos por la represión, sin desdeñar

“una escapadita” para conciliábulos políticos o, simplemente, para gastarse unos duros en el Casino de Miarritze.

Además de los nacionalistas vascos, en pleno proceso de polémica reunificación, tampoco asistieron militantes del PSOE (Prieto lo hacía a título individual), ni militante alguno de la CNT. Si aún permanece abierta la polémica de si fueron o no invitados los vascos, lo que parece claro es que éstos “pasaron” de lo que los progresistas españoles pudieran tener que discutir.² A ello contribuyó el veto de la Iglesia católica para asistir a reuniones antimonárquicas. Por su parte, los socialistas no fueron tomados en consideración debido al bochornoso contubernio que mantuvieron con la dictadura primmerista con la que colaboraron.

El 17 de agosto de 1930 en la sede social de la Unión Republicana y ejerciendo como anfitrión el alcalde donostiarra, Fernando Sasiain, se reúnen destacados miembros de varias tendencias.³ Analizada la situación general española acuerdan por unanimidad, la necesidad de sumar todas las fuerzas posibles en el apoyo del advenimiento de la República y la necesidad que el régimen monárquico desaparezca para lograr que España se acerque a la modernidad y al desarrollo.

2. Cincuenta años más tarde Irujo confesaba: «No esperábamos la llegada de la República, pensábamos que iba a tardar bastante más... Cometimos el error de no participar en el Pacto de San Sebastián, de haberlo hecho en el Estatuto vasco se hubiera incluido a Nafarroa y se hubiera aprobado al unísono que el catalán; Mola no habría podido sublevarse en Iruñea. Sin embargo, y en honor a la verdad, es preciso aclarar que tampoco recibimos invitación alguna. No tuve más noticias del Pacto que las aparecidas en los periódicos, que por cierto, no fueron muchas».

3. El Pacto de San Sebastián, además de pasar bastante desapercibido en su momento, no dejó constancia escrita de lo tratado en la reunión, por lo que acabó convirtiéndose en un mito durante el transcurso de la República, al que todos acudían para reafirmar sus posiciones. En concreto, acudieron a la reunión desarrollada en el Círculo Republicano de la capital donostiarra bajo la presidencia del alcalde de la ciudad Sasiain, Jaume Ayguardé por Estat Catalá, Carrasco Formiguera por Acció Republicana, Mallol por Acció Catalana, Marcelino Domingo, Álvaro Albornoz y Ángel Galarza por el Partido Republicano Socialista, Maura y Alcalá Zamora por la Derecha Republicana, Casares Quiroga por los Republicanos gallegos de la ORGA, Lerroux por el Partido Radical, Ramón Aldasoro por el Partido Republicano Vasco. Junto a ellos estaban personalidades republicanas como Ortega y Gasset, Prieto, Azaña, Sánchez Román, D Olwer... Gregorio Marañón envió un telegrama de adhesión pues se hallaba de viaje. Se pacta la necesidad de:

- Derribar la Monarquía e instaurar una República democrática.
- Admitir la personalidad política catalana.
- Los derechos que obtengan los catalanes se harán extensivos a las otras nacionalidades históricas.
- Utilizar el sufragio universal y los derechos individuales en la organización del Estado.

Los catalanes demandaban un Estatuto propio para regular su vida particular y establecer desde él las relaciones que le vincularían al Estado español. El tema que podía ser peliagudo, se tramitó sin problemas entre los reunidos que aceptaron la demanda de los catalanistas. «Si no queréis hablar de Catalunya, nosotros no tenemos nada que hacer aquí. No venimos a plantear un problema administrativo sino de Patria», les espetó Carrasco Formigueira. Esta necesidad se hizo extensiva a todas aquellas otras regiones que sentían esa necesidad de vida autónoma, reconociendo los presentes el hecho diferencial de los pueblos periféricos.

Los reunidos acordaron que tanto para las Cortes Constituyentes como para la votación de los Estatutos se utilizaría el sufragio universal. Galarza incide en el hecho de que hay que implicar en el pacto a los socialistas y a la CNT. Nadie habla de los vascos. Ni se les ha invitado ni se les toma en cuenta. Desde el mundo nacionalista, se arguye que no estaban porque no fueron convocados (se acusa de ello a Prieto, que no los quería ni ver y que mostraba poco entusiasmo por el Estatuto vasco debido al peligro de que la derecha lo controlara y lo utilizara para atacar a la República, dato que confirma el catalán Aiguadé) pero ya dentro de Comuñión, el sector que gira en torno a la encuesta-plebiscito del diario *elkide Euzkadi*, se mueve en parámetros que se identificaban al menos en parte con las inquietudes de los reunidos en la capital guipuzcoana. Lo más razonable es pensar que los convocantes olvidaron a los nacionalistas vascos como posibles partícipes de la reunión.

Esta ausencia va a traer secuelas negativas para todos durante los años siguientes. El PNV va a ser visto por los republicanos y socialistas con recelo, no se van a fiar de su republicanismo forzado, ni de su catolicismo integrista. El Partido Nacionalista, por su parte, no va a facilitar las cosas ni se molestará en presentar una cara más homologable. Manteniendo su secular estrategia ambigua de jugar a múltiples bandas, no va a dar el label de republicanismo necesario. Ni trabajó para que llegara la República, ni demostró ser un socio de fiar al iniciarla aliándose con tradicionalistas y carlistas en su primer intento de lograr el Estatuto. Y los integristas eran el diablo en persona para los progresistas republicanos.



II

Antecedentes de ANV

Acción Vasca representa un nacionalismo ajeno al JEL sabiniano. Indudablemente sus señas identitarias germinan de semillas anteriores que no fructificaron por causas diversas pero que, aún así, dejaron un poso suficientemente sólido como para ser retomado en 1930. Estas simientes de un nacionalismo progresista y democrático tuvieron su inicio con:

Francisco de Ulazia (Santa Clara, 1863 - Gasteiz, 1936)

Nacido en Cuba de familia vascongada (aunque retornó pronto a Bilbao) y médico de profesión fue articulista y novelista de vocación. Ulazia se presenta ante la historia como el primer y más claro exponente de lo que dos decenios después desarrollará ANV. Nacionalista entusiasta, fue uno de los primeros concejales que obtuvo el PNV en el Ayuntamiento de Bilbo. Sin embargo, no compartía en su totalidad la doctrina que Sabino acababa de desarrollar. Pensaba que las concepciones de Arana subordinando el accionar político a la religión tintaban la ideología jeltzale de integrista. Esto le llevó muy pronto a romper amarras con el jeldismo oficial. Organizó dos partidos que no pudieron prosperar y que no dejaron poso en la sociedad nacionalista del momento: Partido Nacionalista Vasco Liberal (1910) y Partido Republicano Nacionalista Vasco (1911).



Respaldo por *El Liberal* socialista, que le veía como una posible cuña que debilitara a un movimiento nacionalista cada día más vigoroso, fue duramente atacado desde el *Euzkadi*, órgano del PNV, por razones diametralmente opuestas. La doctrina sabiniana era dogma de fe más que ciencia política, y la posición de Ulazia se veía como exótica y ajena al mundo ideológico nacionalista. Desde el periódico jeltzale le tomaban poco menos que como un saboteador vendido al socialismo español y subvertidor del orden moral y político que se conjugaba en el JEL. No había llegado aún la hora, pero sus propósitos preconizaron justo 20 años antes eslóganes *ekintza-les* como: *Aberri ta askatasuna*.

En 1911 promueve el semanario *Azkatasuna* como exponente de los intereses ideológicos del nuevo partido; aunque en el empeño es secundado por notorios republicanos vascos como Sarasketa o Izpizua, luchando en precaria semisoledad y con apoyos más bien inciertos, Ulazia tienen que cejar en su experimento de crear un contrapoder nacionalista al mayoritario PNV basado en conceptos como aconfesionalidad y republicanismo o potenciación de la democracia como mecanismo aglutinador de la acción política.

Partidario de las ideas federalistas auspiciadas por Pi y Margall, era favorable a la implantación de una república federal que asumiera la necesidad y el derecho de autogobierno de las nacionalidades históricas. Tanto federalismo como republicanismo pretendían conjugar renovación con tradición, haciendo del acuerdo y la autonomía un compromiso ambivalente con el respeto mutuo y las ganas de avanzar por caminos que no precisaran ni la imposición ni las trabas. A la vez, el médico bilbaíno sugiere las alianzas tácticas necesarias con los partidos más progresistas, como el posicionamiento más apropiado para avanzar en el autogobierno. Paralelamente era opuesto al papel que jugaban en la sociedad la monarquía y el clericalismo católico, pues opinaba que ambas tendencias suponían un obstáculo para el avance de las sociedades. Ulazia se considera a sí mismo un hombre liberal y de izquierdas. En numerosos artículos da fe de ello y reprende cariñosamente a ANV cuando no toma posiciones lo suficientemente progresistas: «Los que persistimos en nuestros ideales de izquierda nacionalista, tenemos una esperanza: que, a medida que ANV crezca como partido, evolucione decididamente hacia la izquierda», escribía en 1931.

Ulazia percibe el problema que se desarrolla entre los vascos y el Estado español como un campo de confrontación en el cual nuestro pueblo tiene muy poco que ganar. Sus ideas políticas parten de sólidas bases. La religión nunca debe mezclarse con la política y menos aún, debe suponer dentro de ella un elemento fáctico. La intransigencia en materia religiosa supone un claro anclaje reaccionario en el pasado. Y ésta es una de las situaciones que se pretende superar de cara a formular un movimiento abertzale coherente, cohesionado y moderno. En este ámbito no cabe duda que la monarquía y su entorno integrista y corrupto no es el campo más favorable para un movimiento nacionalista como el vasco.

Llegados a este punto, propone repetir la estrategia adoptada por algunos partidos catalanes (Acció Republicana especialmente). Ulazia pondera el diálogo como metodología y el rechazo de la raza (en los parámetros sabinianos) como elemento de correspondencia política acabando con el apartheid del *maketismo*.

En conclusión, Ulazia es el precedente más nítido, real y cercano física y emocionalmente del impulso político que significará Acción Vasca desde 1930. Su trayectoria vital hará que se interese por su nacimiento y apoye sus postulados a pesar de que, sorprendentemente, este precursor no se afiliará al partido aunque colaboró y simpatizó con él, escribió en sus periódicos y fue amigo personal de bastantes de sus dirigentes. Tal era su vinculación con Acción Vasca que muchos nacionalistas de la época le consideraban militante (opinión de Eli Gallastegi).

Eduardo Landeta (Bilbo, 1862-1957)

Impulsor de la pedagogía vasquista, escritor, político... Eduardo Landeta fue un teórico dentro del grupo *euskalherriaco* que se agrupaba a la sombra incontestable del naviero de la Sota. Fue miembro de Eusko Ikaskuntza y el euskara fue una de sus prioridades más queridas. Su nacionalismo apostaba por una amplia autonomía dentro de una España democrática.

Polemista nato, no se encogió ante la idea de debatir con cualquier antagonista. Tras la muerte del fundador, el PNV queda durante unos años en una situación de confusión interna entre las tendencias más puras y las más posibilistas. En sus artículos, Landeta se muestra partidario de dejar a un lado el sentimiento separatista y volver a la situación anterior a

1839, superando el desastre que supuso la derrota de los vascos durante la Primera Guerra carlista.

Colaborador de la revista *Hermes*, expone en ella parte de su línea política, en la cual afirma que el nacionalismo (bizkaitarrismo) busca el reconocimiento de la nacionalidad, entendida ésta como el compendio de la lengua, leyes viejas y costumbres. Y, para él, este reconocimiento no tiene porqué significar ningún sentimiento separatista.

El 5 de mayo de 1923 pronuncia una conferencia en el Centro Vasco de Bilbo que quedó en el recuerdo como una de sus mejores intervenciones. En “Los errores del nacionalismo vasco y sus remedios” Landeta propone que se deje en paz a Sabino Arana y su propuesta porque «cada momento histórico requiere sus hombres y aquéllos que se empeñen en aparecer insustituibles, sólo labran su desprestigio. Cada factor, como cada hombre, pasado su momento, se deshecha por ineficaz o es irremediamente sustituido por otro que mejor encarne el instante político en que se viva. Y esto es algo que se tiene fatalmente olvidado en las fuerzas nacionalistas: pretender, como se pretende, valerse en los tiempos presentes del prestigio de obras pasadas».

Sostiene que el nacionalismo vasco no es la doctrina de Sabino sino la afirmación de la nacionalidad vasca, la adhesión afectiva y eficaz a esa nacionalidad. Frase y pensamiento que se retoma casi literal en el Manifiesto de San Andrés, dentro del epígrafe “Base ideológica fundamental”; los conceptos son idénticos, las aspiraciones, sin embargo, bien diferentes. Landeta se pregunta por qué se deja morir el espíritu nacional. Y él mismo se responde no echando la culpa a los gobiernos de Madrid de que Euskadi dilapidara su idiosincrasia histórica. En una rotunda afirmación autocrítica, impensable dentro del nacionalismo heterodoxo del momento, asevera que se perdió «por la desidia y la falta de fe de sus propios hijos, por su falta de patriotismo. Buscaron libertad y prebendas fuera de su país, prefirieron suelo extranjero a la tierra vasca, se olvidaron de ésta y de su lengua, olvidaron su amor y la vieja patria se fue agostando en el olvido». Landeta sostiene que los nacionalistas deben aparcar su única finalidad política que gira en torno a la negra fecha de 1839 y trabajar por hacer resurgir la personalidad vasca, la Patria.

Landeta, que desecha la idea del independentismo por demasiado arriesgada, no se priva de transcribir una frase del

activista hindú Tilak: «Si el gobierno te da la mitad de una hogaza, tómala con una mano y extiende la otra reclamando la mitad que falta». Lo que esta frase expresa casa muy mal con la raquítica pretensión autonómica que preconiza Landeta.

Además de su vertiente como político, Landeta fue un teórico de mucho prestigio en educación, como ya hemos apuntado. Crear y potenciar una escuela vasca era primordial para el mantenimiento de la lengua y la idiosincrasia vascas. Abogó por una universidad propia, culminación de un sistema educativo que partiera desde una escuela pública vasca de un primer nivel en edad y localización física. Dentro de la institución cultural, participó en la redacción del proyecto de Estatuto que la SEV presentará a los partidos políticos en 1931 y que posteriormente será devaluado en sus contenidos, como ya veremos, por las enmiendas que éstos le hicieron. Participó en congresos y seminarios y organizó una escuela para baserritarras con la ayuda de la Diputación de Bizkaia.

Tras la derrota, no se exilia y es encarcelado durante un tiempo por los franquistas. Cuando recobra la libertad continúa trabajando para sus parientes, los de la Sota, hasta su muerte en 1957.

Aunque buena parte de sus postulados no concuerdan exactamente con las posiciones aeneuvistas, sus ideas de superar el aranismo puro y el determinar que el nacionalismo debe ser un sentimiento de libre adhesión personal, es lo que constituye un notorio avance en las posturas tradicionales del bizkaitarrismo que le acercan a los hombres del Manifiesto de San Andrés. Precursor asimismo de la línea de autocrítica y autonomista del primer momento de Acción Vasca, es de igual forma (y sin quererlo ni pretenderlo conscientemente) de la posterior plenamente independentista. En todo caso, su figura, pensamiento y planteamientos políticos manifiestan ciertas líneas convergentes con el espíritu fundacional de ANV.

El Partido Nacional Vasco de Barakaldo⁴

«Sin Barakaldo no puede entenderse ANV, será la raíz básica del abertzalismo de izquierdas», afirma en sus Memorias el comandante del Askatasuna, Santiago Zubiaga. «Tras el de-

4. El Comité Municipal de Barakaldo fue siempre el más importante de ANV. Llegó a contar con más de 1.300 afiliados en un pueblo de 30.000 habitantes.

senlace esperado de la reunión de Bergara –continúa–, la Juventud Vasca de Barakaldo encabeza un proyecto de color izquierdista con banderas como la aconfesionalidad, la negación del racismo y el unitarismo de Euskal Herria. Arropados por intelectuales, ex diputados, abogados, médicos, escritores, un numeroso grupo de trabajadores, arrantzales, obreros cualificados hicieron que lo que se sembró en 1923, fructificase en el Manifiesto de San Andrés».

El sector de la Juventud Vasca de Barakaldo que es expulsada de Comución en 1916, (es en todo antónima de su homóloga de Bilbao, sabiniana por los cuatro costados) actúa de forma autónoma durante cinco años hasta que se integra en Aberri (escisión dentro de Comución en 1921). Pero, aunque unidos por la defensa del derecho de autodeterminación, les distancian profundas diferencias en el terreno ideológico que generan una pronta separación de los aberrianos en 1922, conformando el Partido Nacional Vasco de Barakaldo, que a su vez es prohibido tras el pronunciamiento de Primo de Rivera (13 de septiembre de 1923). En los años de la dictadura, enmascara su actividad en la sociedad deportiva Euskotarra,⁵ algo habitual en esos años. Cuando acaba el periodo dictatorial, reaparece de nuevo para ser uno de los firmantes del Manifiesto de San Andrés, núcleo y origen de Acción Nacionalista Vasca.

La agrupación barakaldesa rompe con Aberri debido a las posiciones que mantienen sus elementos dirigentes, siguiendo las directrices de Luis de Arana, reacios a admitir un nacionalismo con el más mínimo sentido crítico frente al JEL y que no acepta una Euskadi⁶ independiente y centralista. En su opinión, cada herrialde es un país soberano. Para los de Barakaldo, Aberri se muestra incapaz de superar las contradicciones que dentro del nacionalismo presentan tanto en este

5. Euskotarra era una sociedad cultural/ deportivo/ política fundada en 1912. Su indumentaria combinaba los colores de la ikurriña. La conformaban jóvenes nacionalistas la mayoría de la Margen Izquierda y mantenía diversas secciones: fútbol, remo, pelota, montañismo... Por lo general, los jóvenes de Acción militaban en Eusko Gaztedi Ekintza, organización que aglutinaba a los afiliados y simpatizantes más jóvenes y dinámicos, mezclando en sus actividades el deporte, la cultura y la lucha y proselitismo políticos.

6. Los abertzales de Acción utilizan pronto la grafía Euskadi con s, diferenciándose de los jeltkides. Curiosamente, durante el periodo de guerra cercano ya a la caída de Bilbao, algunos dirigentes toman a la z sabiniana.

partido como Comunión, una fidelidad más o menos expresa de la ortodoxia sabiniana.

Este grupo de Barakaldo presenta una serie de valores políticos y sociales que en nada concuerdan con los viejos postulados sabinianos. Hacen hincapié en el problema social pues, inmersos en una sociedad fabril, presentan aspectos referentes al mundo del trabajo novedosos para el nacionalismo vasco. El avance social para el mundo obrero y la apertura hacia los inmigrantes eran fundamentaciones que creían básicas. El *apellidismo* y el Rh carecían de importancia. Querían romper con el impedimento de la confesionalidad que conllevaba una parte del JEL; mantenían una visión de una Euskadi unitaria y obrerista. Arropándolo todo creían firmemente en el derecho de los vascos a la independencia nacional.

Especialmente referentes de las agrupaciones baracaldeas y bilbaína es Eusko Emakume Ekintza. Esta organización femenina de ANV sigue la tradición irlandesa y es copia de la organización aberriana Eusko Emakume Batza. ANV representó un punto de apoyo dado su carácter renovador para sectores femeninos que luchaban por la igualdad política entre hombres y mujeres. Mantuvieron una militancia activa no sólo en temas que les eran "propios" (organización de eventos sociales, rifas, beneficencia...) sino también en el ámbito deportivo (mendigoizale) o político (participación activa en charlas o mítines).

Como le ocurrirá a ANV, el nacionalismo progresista compartía posicionamientos que le acercaban al PNV (Aberri), pero el unitarismo y la religión los separaba. Frente a Comunión, el tema de un país independiente les enfrentaba diametralmente. Era como un péndulo, lo que acercaba a una facción era exactamente lo que distanciaba de otra.

La dictadura de Primo de Rivera aborta esta experiencia de nacionalismo progresista durante siete años, pero no puede impedir que resurja de nuevo en 1930 con mayor fuerza y contenido (laicismo, democracia, unitarismo intravasco, obrerismo). Su exponente será Acción Nacionalista Vasca-Eusko Abertzale Ekintza. La agrupación de Barakaldo siempre será de las más pujantes del partido y aportará numerosos dirigentes de primera fila: Villanueva, Abasolo, Altube, Berasategi, Perea, Zubiaga, Urkullu, Zabala, V. Arana, Onraitia, Luis Ruiz de Agirre...

El Comité pro resurgimiento vasco

Fue un grupo que actuó en Baiona y que englobó a diversos activistas, algunos de los cuales acabarán formando parte de Acción (Meabe, Areitioaurtena, Olivares, Etxabe...).⁷ Este Comité difundirá en la capital labortana un manifiesto llamado *El nacionalismo vasco y el resurgimiento nacional*, en agosto de 1930, en el que se analizaba la situación del nacionalismo vasco durante los años de la dictadura criticándolo sin paliativos. Este conjunto de abertzales no podía caer simpático al nacionalismo tradicionalista y es desacreditado con dureza por burkides como Leizaola con los argumentos habituales (ateos, españolistas...).

Los firmantes explicaron su posicionamiento anunciando la intención de despertar las conciencias del adormecimiento en que consideraban caído el nacionalismo. La causa de su aparición es dejar constancia de que el nacionalismo vasco había fracasado como movimiento durante la dictadura. Se tomó la represión española con una estoicidad rayana con la indiferencia. Las causas de esa política suicida se pueden buscar en la situación en la que se halla el nacionalismo al instaurarse el golpe de Primo de Rivera. Una división interna con unos sectores dirigentes más interesados en mantener el “pe-sebre” económico y potenciar el ambiente moderado de la sociedad vasca, «que nada se mueva que puede ir a peor», que en hallar un camino que satisfaga las ansias de libertad. La dictadura propició que la Alianza de 1923 no llegara a desarrollarse. La unidad de acción con catalanes y gallegos, que tantos frutos podría haber dado, queda en nada.

Los signatarios aseveran que la falta de cohesión del propio movimiento provoca pesimismo por necesidad. Pero, en una situación tan grave, ¿es admisible que los rectores de la comunidad nacionalista no hayan articulado una acción de respuesta, al menos defensiva?

Deben existir pues, razones, además de las económicas y morales, que expliquen este fracaso, esta política de dejación. Y éstas no son sino dos. En primer lugar, falta de espíritu

7. Granja afirma que el Comité lo formaban Areitioaurtena, Etxabe y Telesforo Uribe-etxebarria. Nosotros creemos que esta afirmación es reduccionista pues el Comité lo conformaban un grupo, si bien no numeroso, sí más amplio. Además de los citados por Granja, futuros militantes de Acción como Santi Meabe, y Tellagorri también integraban el grupo de opinión lapurtarra.

de sacrificio de los dirigentes nacionalistas y, añadido a ello, un equivocado sentido del concepto de la autoridad y el orden, «como si fuera lícito imponer a un pueblo la sumisión en un marco basado en la injusticia, donde no existen ni libertades ni derechos».

El prestigio del dinero influye en los elementos más conservadores del nacionalismo vasco, que precisamente son los que lo dirigen. Acaparan el poder de gestión y el ámbito de decisión. Sujetan al pueblo a un régimen capitalista que les sojuzga, pero que a ellos les enriquece y, en situaciones difíciles, abandonan todo idealismo siendo absorbidos por sus intereses crematísticos que indefectiblemente les lleva a negociar y pactar con los enemigos de Euskal Herria, siempre en situación de debilidad, acabando por aceptar lo que les den.

Dentro de estas elites, ayer *jauntxos*, no falta el hábito determinante de la jerarquía eclesial, a la cual se debe apartar del espacio de decisión ideológica. «La política es algo demasiado serio para dejarla en manos de los curas», dirá un dirigente de Acción en 1931. El clima de pesimismo debe ser superado. Hay que tener coraje y criterio de resolver la presente realidad.

Como resultado del fracaso del nacionalismo en su enfrentamiento con la dictadura, se perciben en el mundo nacionalista varias corrientes:

–Un nacionalismo euskerista. En el *sumun* de la traición, algunos abogan por abandonar toda lucha política y dedicarse en exclusiva al cultivo y defensa del euskara. Aunque ello es en sí mismo encomiable, tal postura es inadmisibile. La lengua es un elemento básico en la idiosincrasia de un pueblo, pero dedicarse a tareas didácticas es caer en el mayor de los derrotismos como pueblo.

–Un nacionalismo monárquico. Representa una postura aún más absurda que la anterior. Siendo la base de la historia de los vascos democrática, un régimen monárquico representa todo lo contrario, la negación de derechos y libertades tanto individuales como colectivas. A ningún pueblo en lucha le puede interesar un régimen de este tipo porque es, en esencia, contrario a cualquier idea de libertad y, por lo tanto, es imposible que pueda resolver ningún problema a un pueblo que demanda su autodeterminación.

–Un nacionalismo de izquierdas, que aún no ha podido captar las adhesiones necesarias para su desarrollo. El nacio-

nalismo vasco hasta el presente ha carecido de la visión y el sentido práctico de ver la realidad del pueblo más allá de lo meramente obvio. Pero un partido nacionalista de izquierdas no haría sino debilitar al conjunto del movimiento, se debería intentar que el nacionalismo sea más que un mero partido político, y que pueda transformar en la Nación Vasca en marcha, algo similar a lo que representa el Sinn Féin en Irlanda. El nacionalismo debe ser un organismo propio dejando atrás su carácter partidista para poder desarrollar mejor su labor. Y para ello debe adaptarse a las necesidades del presente, resolviendo las dificultades que puedan dividir a los vascos. Para solventar la cuestión religiosa se debe llegar a la separación total Iglesia-Estado, con un respeto a la conciencia individual.

—Un nacionalismo autonomista. La coyuntura parece propicia para que, desde algunos sectores republicanos, se tiene a elementos moderados del nacionalismo a crear un frente antimonárquico y autonomista. Eso sería una autolimitación. Los vascos no tenemos por qué censurar parte de nuestra ideología para adecuarnos a un marco que no es el nuestro. Los vascos tenemos derecho a exigir que se respete la ideología separatista. Si la República que plantean los españoles no reconoce las libertades individuales y colectivas, estará abocada al fracaso. En el contexto de esas condiciones, los vascos podemos llegar a acuerdos con una República federal, compartir un trecho del camino hacia la libertad, para luego continuar nosotros por nuestra cuenta hasta alcanzar la meta definitiva.

Como consecuencia, el nacionalismo vasco debe tratar de impedir con todas sus fuerzas que en España se repita una dictadura militar. Por otro lado, se deben reanudar los lazos con los otros nacionalistas peninsulares y con todos aquellos progresistas que reconozcan nuestro hecho diferencial, con el fin de poder desarrollar una unidad de acción acordada. Es el momento de luchar por implantar una República federal que sustituya a la monarquía corrupta de los Borbones para obtener, como un primer paso, un Estatuto que inicie el reconocimiento de los vascos como pueblo. Estatuto que nunca debe ser tomado como un límite ni como un fin. Despertada la conciencia nacional, el nacionalismo vasco tiene que mostrar su voluntad nacional de representar a «un pueblo en marcha», acelerando la consecución de la soberanía para Euzkadi.

El Manifiesto del Comité de Baiona es de sumo interés pues expone cuestiones novedosas como la voluntad de des-

partar la dormida conciencia nacional en pos de la libertad; a su vez, el nacionalismo es algo más que un sentimiento partidista. Es «el pueblo en marcha», idea copiada sin rubor pocos años más tarde por el nacionalismo jeltkide. En el campo de las ideas personales habría que citar el abandono de la confesionalidad para adoptar la libertad de conciencia personal como base de actuación política. Al dejar de lado el JEL (ni siquiera se menciona en todo el documento), fundamento de doctrina tanto como de ideología del nacionalismo tradicional, se rompe con el pasado modernizando de golpe todo el entramado nacionalista con una defensa de los principios democráticos, unido a un anticapitalismo como expresión de la relación capital-trabajo y una visión crítica del nacionalismo hasta ese momento.

Declara su fracaso por no saber diferenciar ideología política e interés económico, haciendo apología de la alianza con los nacionalismos periféricos peninsulares y con elementos o grupos progresistas. Por último, manifiestan lo que siempre ha sido una constante en el movimiento de la izquierda abertzale, tomar como referente e imitar el modelo irlandés.

Salta a la vista que todos estos principios se recogerán pocos meses después en el Manifiesto de San Andrés casi literalmente con la salvedad destacada del tema religioso, tal vez para no crear fricciones pues el 30 de noviembre se declara claramente que se pretenden aunar voluntades.

Como todo en la vida, y más habiendo personas diferentes apoyando ambos documentos, destacan algunas contradicciones que son llamativas además del mencionado *lapsus* religioso:

El nacionalismo vasco debe ser, pues, el instrumento que efectué la transformación política y social de Euzkadi, construyendo el edificio nacional vasco sobre las bases de una democracia cristiana y orientado hacia el bienestar de la Humanidad.

La referencia a la democracia cristiana no cuadra con lo que se expone en el resto del documento. Por los documentos que hemos consultado, la frase no pasaría de ser una reseña voluntarista sin ningún matiz ni barniz clerical. Los firmantes son gente, en su mayoría, católicos. Pero todos ellos están en completo desacuerdo sobre la influencia de la Iglesia en la política.

Tres meses después todos los manifestantes se suman a Acción. Es cierto que el nuevo partido no es de izquierdas realmente. Tampoco se puede definir como un movimiento integral del nacionalismo vasco. ¿Qué pudo hacer cambiar tan rápido a los firmantes?

No queda otra explicación que fue un factor de eficacia ideológica. Es ese lapso de tiempo, las autoridades de los dos partidos que se quieren reunificar emplearon maniobras poco limpias para con sus propios sectores críticos. Tuvieron que llegar al convencimiento de que los vascos deberían solventar problemas más acuciantes que ser «un pueblo en marcha» y pelear por ser reconocidos siquiera como pueblo. La labor del día a día les llevaría asimismo en pocos años a militar en un partido de izquierda y abertzale. Un dato que no podemos desdeñar es el de que ANV nace con vocación de arrastrar a su seno al mayor número de patriotas; se intenta conformar un agrupación política de masas que lidere, desde posiciones ajenas al jekidismo, a toda la sociedad nacionalista. No lo lograrían, pero esa era su intención inicial.

El legado de anteriores nacionalistas

Fueron bastantes los implicados a título individual en la renovación ideológica del nacionalismo que también acabarán entrando mayoritariamente en la nueva formación: José Domingo Arana, Justo Garate, el doctor Guimón, Amuategi, Tomás Meabe, el doctor Medinabeitia, Tellagorri...

Todos ellos aportan un bagaje de muchos años de experiencia. José Domingo Arana ex presidente de la Juventud Vasca de Bilbo propone, por ejemplo, «hacer una revisión de fuerzas, un recuento de voluntades y valores, un completo examen del presente frente a los viejos hábitos de organización y lucha. Se han de incorporar nuevas verdades al ideario sabiniano, eliminar ciertos métodos para adoptar otros más adecuados y presentarlos en una asamblea amplia y libre donde todos puedan opinar».

Eso significaría un cambio de rumbo del nacionalismo tradicional. Hay en estas frases componentes que los sabinianos ni se habían planteado teorizar. Estos intentos progresistas de unas personas afines de alguna forma con el mundo nacionalista, son pequeños pasos que se irán dando hasta desembocar en el gran cambio que se produce el día de San Andrés de 1930. La semilla que prenderá con el Manifiesto va hacién-

dose poco a poco realidad en ciertos sectores de Comunción que no comulgan demasiado con su EBB. Tras el impulso reunificador figuran las elites de los dos partidos jekides y son ellas las que arrastran con su ímpetu a una gran masa de afiliados que se dejan llevar por la inercia de seguir al que manda. Son sectores minoritarios, tanto dentro de Comunción como de Aberri, los que ven la necesidad de buscar un cambio de estrategias tras el fin de la dictadura. No caerán en saco roto ciertos postulados de Aberri, defendidos por Gallastegi, que tienen un cierto sabor de progresismo social. En ellos se enmarcan las disputas con el pragmático euskalherriaco Kizkitza o su posición solidaria ante el asalto a la sede del PC en Bilbao por parte de la Guardia Civil con el saldo de varios muertos.

Todo este caldo de cultivo con matices progresistas dentro de las dos formaciones convergirán el 30 de noviembre en una nueva formación: Acción Nacionalista Vasca.

Junto a estas actitudes, podemos añadir posiciones puntuales e individuales de intelectuales y políticos republicanos como Sarasketa, Madariaga... que si bien no encajan en el ideal abertzale, sí dan juego al sector renovador de Comunción para plantear cauces aperturistas. Pero no debemos caer en el reduccionismo, ya que una parte importante de las gentes que acabarían adhiriéndose al Manifiesto de San Andrés provenían del sector aberriano. Desde 1928 se venían manteniendo diversas reuniones de dirigentes nacionalistas en desacuerdo con la actuación del sector mayoritario del nacionalismo, tanto en el tema nacional como en las actitudes frente a la dictadura de Primo de Rivera. Los reunidos tenían claro que había que corregir el rumbo de la política nacional y manifestarse más decididamente reformistas en el orden social y económico. Algunos de ellos no eran decididamente vasquistas (caso de Sarasketa), pero sí aceptaban con agrado las ideas renovadoras que iban tomando cuerpo en un sector concienciado del mundo nacionalista vasco.

Agusti Xaho (Atarratze, 1811 - Baiona, 1858)

Este escritor y revolucionario zuberotarra, al que se le puede considerar el primer nacionalista moderno ha sido el gran olvidado. Antecesor en medio siglo a Arana, sus ideas no tienen seguidores inmediatos, pero sus postulados le acercarán a los fundadores de Acción que serán a su vez los que le descubran y le den a conocer.

En su libro *Viaje a Navarra durante la insurrección de los vascos* (1836) interpreta la Primera Guerra carlista como una lucha de liberación nacional, en la que el carlismo vasco no pelea por el pretendiente sino que sigue la figura carismática de Zumalakarregi a la búsqueda de la liberación de los vascos como grupo nacional. Xaho deja entrever que hay un sector de tradicionalistas que intenta coronar al general como Rey de Navarra y Señor de Bizkaia. Su muerte prematura durante el sitio de Bilbao frustra sus planes que, tal vez, no hubieran pasado de la teoría.

Agustín Xaho aúna su carlismo, en el sentido fuerista y soberanista, con un antiespañolismo absoluto. Se manifestaba, liberal, demócrata y anticatólico. Encabezó la revolución de 1848 en Baiona y tras el golpe de Estado de Napoleón III es desterrado y se exila en Gasteiz. Sus posturas son anticlericales frente al sistema católico lo que hará que Arana le obvie totalmente. Para el fundador del jekidismo la fe era la síntesis de la raza y la nación. Un librepensador demócrata y agnóstico como Xaho no tenía cabida en el mundo conceptual de Sabino.

Xaho es un antecedente nunca reivindicado por el PNV pero sí por ANV. En *Tierra Vasca* se le menciona con cierta frecuencia y se transcriben sus obras e ideas. Se le tacha de patriota y Acción Vasca toma en consideración su idea unitarista de Euskal Herria, sus concepciones republicanas y antimonárquicas, su progresismo social y, aunque Acción no será un partido antirreligioso, su anticlericalismo. De esta forma, sorprendentemente, Xaho enlaza con sus primeros seguidores un siglo más tarde.



III

1930

Situación general del nacionalismo vasco

El nacionalismo vasco llega a 1930 en una situación no sólo de división sino también de confusión ideológica habiendo sufrido una importante desorganización en el periodo dictatorial (1923-1930). Junto a ello sufre una parálisis ideológica que se manifiesta en el JEL (*Jaungoikoa ta Lege Zaharra*), defendido con entusiasmo por muchos (aberrianos) y aceptado con filosofía por los posibilistas, que en aras del pragmatismo, no querían entrar en disquisiciones de calado. La reunificación no va a traer ningún cambio, ni táctico ni ideológico; va a ser una continuidad de todo lo anterior sin un matiz reflexivo, ápice de autocrítica, atisbo de avance. El paso de los años, las décadas y el cambio dentro de la propia sociedad vasca no se verá reflejado en el PNV reorganizado en noviembre de 1930.

La dictadura, que fragmentó y reprimió muchas de las manifestaciones políticas, había hecho, sin embargo, la vista gorda en otros frentes en los que se manejaba el movimiento nacionalista, al menos los grupos menos problemáticos. Cortada la expresión política, ésta se vuelca en temas ajenos a ella, pero firmemente unidos al ser vasco. El sentimiento nacionalista prosigue su arraigo social por el interior de Bizkaia y Gipuzkoa de la mano del clero local. En estos años se desarrolla



una pujanza cultural y folclórica con una infinidad de actividades de grupos, asociaciones recreativas, dando un impulso de la lengua vasca y provocándose una revolución, sobre todo en la poesía. Numerosos grupos mendigoizales aúnan la actividad deportiva con la expansión del credo político nacionalista por las cumbres y pueblos de Euskal Herria, domingo tras domingo. Se llega así a la aparente paradoja de debilidad política y expansión del ideario amplio que representa el nacionalismo euskaldun.

La debilidad orgánica e ideológica del nacionalismo vasco no se puede achacar únicamente a la represión de la dictadura. Si bien ésta existió contra Aberri (Partido Nacionalista Vasco) que organizó un enfrentamiento contra el Estado que tampoco alcanzó niveles de confrontación elevados, Comunidad Nacionalista Vasca, el grupo más numeroso del nacionalismo vasco, plegó velas ante la situación general de España y decidió aguardar tiempos mejores en los que desarrollar sus proyectos en buena armonía con todo su ideario posibilista. Centró su esfuerzo en expandir aspectos más lúdicos y culturales, menos comprometidos.

Es cierto que sufrió censuras y cierre de sedes y publicaciones, pero la represión no fue ni tan sistemática ni tan feroz como para enviar al nacionalismo a las catacumbas. Era una situación en la que Comunidad no se sentía en absoluto incómoda amparada en el eterno paraguas de la indefinición y del pragmatismo.

El propio movimiento abertzale era tal vez el culpable principal de su situación (de ello les acusa Landeta contundentemente). Tras cuarenta años de andadura histórica, sus bases doctrinales no se habían modificado casi ni una coma. Seguían los dictados de Arana punto por punto. Raza y religión eran cuestiones dogmáticas fundamentales. Ambas no expresaban solamente la definición del término que acotaban. Raza era pureza de raza; nacionalista únicamente podía ser aquél que podía presumir de ocho apellidos vascos. Religión no era catolicismo, era integrismo religioso. El vasco nacionalista era católico en la misma medida que **era vasco**.⁸ Y

8. El órgano aberriano de la Juventud Vasca de Bilbo publicaba en noviembre de 1930 perlas del tipo:

—«Para algunos Baroja, Unamuno, Maeztu... son vascos notables. Nosotros los calificamos... con suspenso como vascos». (CONTINÚA EN LA PÁGINA SIGUIENTE).

en todo este meollo, que hoy nos suena muy lejano en el tiempo y en los esquemas mentales, nace la escisión de 1930.

En 1921, el nacionalismo se halla fracturado en dos grupos principales, (amén de personalidades disidentes, pequeños grupos críticos pero desorganizados...) con diferencias en la estrategia pero idénticos en ideología: los puros o intransigentes (Aberri o Partido Nacionalista Vasco) y los posibilistas (Comunión Nacionalista Vasca). Ambas corrientes o grupos existían desde la entrada de los euskalerriacos de Sota en el partido (1904) y constituían dos corrientes internas siempre en continua divergencia, a pesar de que tanto unos y como otros eran jeltkides más o menos convencidos.

Las divergencias de método entre los intransigentes y los posibilistas generaron en el tiempo las sucesivas escisiones dentro del seno del principal, y en muchos momentos único, referente del nacionalismo vasco: Luis Arana y sus sucesivas rebeliones: el Partido Nacionalista Vasco Liberal (1910), el Partido Republicano Nacionalista Vasco (1911), Aberri y Comunión (1921), Partido Nacional Vasco de Barakaldo...

Simultáneamente en Comunión, va a ir organizándose un grupo no muy mayoritario pero sí más dinámico y progresista que propugnará una nueva derrota para la nave nacionalista, basándose en novedosas apuestas que se acercarán a la realidad que se va conformando en un mundo cambiante y en crisis, encorsetado entre dos guerras que arrasarán Europa y parte del mundo.

La mayoría estaba de acuerdo en hallar soluciones a los enfrentamientos que en los años anteriores habían generado tantas disputas y divisiones. Una minoría de militantes aseguraban que era preciso reconocer el fracaso del proyecto nacionalista y veía la necesidad de encontrar nuevas vías que abrieran el espacio político vasco y se entroncaran con los movimientos republicanos y progresistas que habían aparecido en el panorama político del Estado español. Y así, dentro

8. (CONTINÚA DE LA PÁGINA ANTERIOR). —«Un señor que se titula como “nacionalista vasco” habla desde la revista *Frente*. Este solo hecho nos lleva a sospechar de la integridad de su nacionalismo ya que se expresa en un medio republicano y español».

—«Somos vascos por nuestra sangre (apenas contaminada con las de otros pueblos); por nuestra raza (de potencia intelectual y física admirables); por nuestra lengua (la más antigua de Europa, de orígenes remotos y sonoridad musical incomparable); por nuestro Jaungoikua; por nuestras instituciones políticas, jurídicas y administrativas».

—«Han aparecido ahora unos nuevos nacionalistas que nos llaman intransigentes y no comprenden que todas las verdades lo son, por el mero hecho de serlo».

de Comunión va a manifestarse una doble corriente que reunificaría al nacionalismo y le haría progresar en todos los terrenos. 1930 nace para ambas tendencias con un idéntico propósito: hacer valer ante la militancia su proyecto.

Al caer la dictadura, los evolucionistas, que controlan el principal órgano de prensa jeltokide *Euzkadi*, propondrán una adecuación del ideario sabiniano en el marco de una asamblea democrática, algo completamente ajeno hasta ese momento al nacionalismo vasco.

En contra de tal pretensión actuará la inercia tradicional de los órganos directores de los dos partidos que pretenden fusionarse y de una amplia mayoría de afiliados, meros espectadores en todo lo referido al manejo práctico de las formaciones. Sólo el avance en sus postulados de la gente que impulsaba el plebiscito-encuesta del *Euzkadi* hará moverse a los tradicionalistas ante el temor de ser rebasados.

Con todo, el nacionalismo que se perfila justo antes de la llegada de la República, tendrá que soportar una serie de cuestiones que muchas veces lastrarán su actuación. Por un lado, la imposibilidad de extender el proyecto de construcción nacional hacia todos los estamentos de la sociedad. Ello genera una cierta fractura que divide a la comunidad entre nacionalistas y no nacionalistas o, dicho de otra forma, entre vasquistas y españolistas, fractura que aún hoy se mantiene.

El nacionalismo vasco se identifica con la moderación cuando no con la reacción, tanto en ideas como en sentido religioso. Tradicionalismo e integristismo es la marca con la que serán reconocidos por los sectores liberales. Algo peliagudo, ya que integristismo y tradicionalismo se traducirán como enemigos del progresismo y de la República. Malos compañeros de viaje. Sambenito que, sobre todo el PNV, tardará en hacer olvidar.

Ese aspecto moderado y puritano chocará con las nuevas tendencias que tratan de hacerse un hueco en el espacio social: republicanismo, socialismo, avance social, tolerancia, democratización... Hasta 1930 apenas se había progresado en la construcción nacional ni en la adecuación idiomática del euskara, base de cualquier proyecto nacional serio, desde el momento en el que la lengua se convierte en el referente nacional más genuino de un pueblo.

El nacionalismo vasco tradicionalista no participa en el Pacto de San Sebastián, ni se compromete en el debate Mo-

narquía-República, no interviene ni ayuda al advenimiento del régimen republicano (en las primeras elecciones incluso se alía con tradicionalistas y carlistas enemigos declarados de “la República atea”).

El nuevo PNV no será monárquico pero recela de un Estado laico con separación Iglesia-Estado, avanzado socialmente... Se avecinan vientos de cambio y éstos son aires que no agradan al ideario jeltkide atado en la tradición, el orden y la paz social frente a la revolución, al catolicismo frente al librepensamiento liberal, la doctrina obrerista de la Iglesia frente a las tesis proletarias marxistas...

Los dirigentes jeltkides opinan que, lo mismo que los vascos se confundieron al entrar en las disputas dinásticas de los Borbones tomando partido por la facción carlista y perdiendo dos guerras y los fueros, era un error la postura que adoptaban los nuevos hijos pródigos aeneuvistas al acercarse a los españoles buscando prosperar en sus criterios políticos. Frente al nacionalismo vasco, las actitudes de los partidos estatales no eran nunca claras, había que andarse con cuidado de no volver la espalda a los problemas de “los españoles”. Éstos, por su lado, nada hacen por mejorar su mala prensa ante los vascos nacionalistas. Indagando en sus bases documentales, no cabe la menor duda de que ningún partido progresista (ni republicano ni socialista) ven con agrado a los nacionalistas. Numerosos dirigentes de Acción manifiestan rotundos que esos grupos (aliados suyos) sienten repugnancia por el nacionalismo vasco.

La forma de ligar todo esto era complicada, de ahí que no pocas veces se dilucidarían las discrepancias a tiros. No hay que olvidar que el primer muerto de la izquierda abertzale, Hermenegildo Alvariño, lo produjo un pistolero socialista.

El plebiscito-encuesta del periódico *Euzkadi*

Mientras republicanos, catalanistas y socialistas se enfrentan a la monarquía (Pacto de San Sebastián), el nacionalismo vasco en 1930 no cesa en mirarse al ombligo escindido en dos ramas a pesar de un evidente deseo de reunificación. Mientras en Aberri se empeñan en mantener el JEL inalterable sin ninguna oposición, dentro de Comución se cocinarán los problemas derivados del cambio. Y será en torno al diario *Euzkadi*, en el seno del periódico enfrentándose el Consejo de Redacción, para luego luchar denodadamente por su control,

donde se ventilará la dura batalla para hacerse con el mando ideológico y práctico del nacionalismo vasco.

Entre principios de febrero y mediados de marzo, y desde la línea editorial del periódico, se manifiesta con claridad que hay que llegar a la unidad orgánica dentro del nacionalismo y ofrece sus páginas para que tanto afiliados como simpatizantes manifiesten sus opiniones. El cuestionario que plantea José Ignacio Arana presentará aspectos casi idénticos a los que preconizarán poco después desde el Comité pro-resurgimiento de Baiona: es necesaria una revisión ideológica dentro del nacionalismo, una readecuación en el sistema aliancista y un acercamiento a los movimientos progresistas, únicos con los que se pueden concertar algunos tipos de acuerdos. Tras la hibernación provocada por la dictadura, se requiere un cambio de rumbo propiciado por dirigentes intrépidos que retiren viejas telarañas ideológicas en pro de un nacionalismo más acorde con los tiempos actuales de la década de 1930. Esta fase se detiene en marzo para que, dadas las enormes divergencias que se van expresando, no se produzca un entorpecimiento en las conversaciones de reunificación que las direcciones de ambas formaciones están llevando a cabo de una forma bastante ardua.

El 14 de junio, y por espacio de un mes, el consejo de administración del periódico *abertzale*, nuevamente bajo la iniciativa de José Ignacio Arana, publicita una encuesta-plebiscito entre los afiliados nacionalistas para superar la inactividad provocada tanto por la moribunda dictadura como por las inercias propias. El sector reformista de *Comunión* no acepta la reunificación en el JEL e intenta crear un ambiente favorable para sus tesis de avance ideológico y táctico.

Tanto desde *Aberri* como entre los *burukides* de *Comunión* estos movimientos de los reformistas se ven con recelo y los rechazan de plano acelerando las conversaciones de fusión un tanto dormidas por no lograr un acercamiento en algunos de los temas pendientes. Entre ellos, el futuro de la escuela sabiniana sobre el *euskara* y, sobre todo, en dos temas más fundamentales: el papel y control de la prensa y la definición sobre la estructura del futuro estado vasco, si unificado, si confederado, y si es éste, qué tipo de confederación.

En el plebiscito su impulsor, José Ignacio Arana, establece una serie de aspectos que deben desarrollarse en concatenación: Por una parte, se hace necesaria la revisión de las ideas

tras el periodo dictatorial y del escaso avance ideológico desde la muerte de Sabino Arana. A continuación se plantea abandonar el aislacionismo tradicional del nacionalismo vasco y ampliar el círculo de alianzas estratégicas con elementos que acepten el hecho diferencial vasco. Por último, los resultados de la encuesta deben ser analizados y sometidos a aprobación en una asamblea de afiliados.

No cabe duda de que toda esta idea sólo puede ser analizada desde unos postulados progresistas ya que desnudan una serie de verdades que el nacionalismo quería mantener ocultas bajo la alfombra:

–La existencia de dos corrientes opuestas y enfrentadas dentro de Compañía en las que no sólo se disiente en ideología sino también en metodología.

–La necesidad de flexibilizar los aspectos religiosos para no crear posiciones doctrinarias opuestas e irreconciliables.

–Una nueva concepción dentro del nacionalismo que no sólo quiere enterrar la primera parte del JEL, sino que pretende revisar la segunda. Aunque no mayoritaria, Anacleto Ortueta parte de una posición distinta del ansia de autogobierno vasco no apoyándose en los fueros sino en el deseo de autodeterminación engarzando con el Estado Vasco de Nafarroa, tesis de la que es promotor y que iniciará unos dubitativos pasos y que necesitará dejar transcurrir años hasta la última década del siglo XX para manifestarse con toda contundencia.

Entre septiembre y octubre el enfrentamiento que existe entre renovadores y tradicionalistas se mantiene en torno al *Euzkadi*. Los renovadores encabezados por Arana, Ortueta, Arrien, Urrengoetxea (todos futuros fundadores de ANV) dirigen el editorial de la publicación. A través de la encuesta orientan la aspiración a controlar los destinos de un partido reunificado bajo sus postulados. A pesar de todo tipo de presiones, concluyen el plebiscito con amplio apoyo a sus fundamentaciones.

Paralelamente, las comisiones de los dos partidos prosiguen las negociaciones para la reunificación a lo largo de todo el verano: «El nuevo partido retomará el nombre de Partido Nacionalista Vasco, se mantendrá la doctrina sabiniana y la estructuración interna se aplicará sobre la base de la de 1914 hasta que se redacte una nueva».

Las diferencias en torno a las directrices sabinianas referentes al euskara, el tema en el control de la prensa y el sistema interno de gobierno estancarán las discusiones que sólo se moverán ante el avance de los del plebiscito.

Entre tanto, el 31 de octubre Arana dimite de su puesto directivo en *Euzkadi* de forma sorprendente debido a las divergencias que afloran entre sus postulados y los talentos que se mantienen dentro del EBB de Comunción. La decisión no puede ser más desacertada ya que abre de par en par las puertas del periódico a los partidarios de mantener intacto el JEL. Parece que no hay nadie entre los reformadores que llegue a analizar esta errada medida.

El Comité de los Veinte

Para desarrollar el resultado del plebiscito, se crea un comité (compuesto por cinco miembros por cada herrialde), que celebrará dos sesiones y en cuyo seno se elaborarán dos ponencias opuestas. Su labor esencial es la organización de una asamblea que decidirá la línea ideológica a mantener durante la reunificación y perfilar una propuesta (sobre la base de los resultados de la encuesta) para que sea punto de debate en dicha asamblea.

El doble planteamiento dejaría en manos del Comité de los Veinte la reorganización del nacionalismo, cosa que los dos EBB no podían tolerar. Por ello presionan para que se prepare un acuerdo de recorrido más corto: organizar la asamblea «que será convocada por las autoridades del partido», y a la vez impulsar y favorecer la convergencia entre los dos partidos.

Acatando dichas directrices, el mismo Comité cercenaba su actuación y capacidad directora al reconocer a las autoridades vigentes, tanto de partido como de Comunción, la última palabra sobre la cuestión.

En la sesión del 14 de septiembre de 1930 se dan los primeros pasos y en la segunda y definitiva del 26 de octubre del mismo año se manifiesta ya la discrepancia, sin términos medios, entre el grupo de los ponentes. Se redactan dos proposiciones que se someten a votación y que dan como resultado una ponencia mayoritaria y otra perdedora.

La ponencia mayoritaria: redactada por los dirigentes navarros (Artxanko, Cunchillos y Manuel Aranzadi) y defendida

por éstos, por los vizcaínos Urrengoetxea, José Ignacio Arana, y por cuatro alaveses (Troconiz, Francisco Agirre, Olano y Be-laustegioitia). Su contenido será la base del futuro Manifiesto de San Andrés (en algunas frases de forma literal) y en ella se lanzan una serie de aspiraciones que rompen con el nacionalismo tradicional.

Se afirma el derecho de autodeterminación, se permuta la acepción «personalidad nacional vasca» por otra más innovadora como «nacionalidad vasca», se omite la mención a la raza como fundamento político, sustitución de los derechos forales como base de las reclamaciones históricas, por vez primera se establecen los derechos individuales y los principios democráticos como herramienta política...

La ponencia minoritaria: presentada y avalada por los guipuzcoanos (Barriola, Eizagirre, L. Mendizábal, Urreta) y el resto de bizkaitarras (R. De la Sota, Rotaetxe), se decanta en contra de todo cambio en los principios fundamentales del nacionalismo vasco y no cree necesaria modificación alguna en el proceso de reunificación.

Con ambas, a fines de octubre se clarifica la divergencia ideológica dentro del nacionalismo vasco, algo que se escenificará pocos días después en la Asamblea de Bergara. El dilema del nacionalismo en ese otoño de 1930 era claro: mantener el sistema ideológico diseñado por Sabino intacto o revisar esos valores tradicionales adecuándolos a la situación, modernizando aquellas partes de la doctrina que habían quedado obsoletas y trazar nuevos criterios en la actuación política renovando el sistema de alianzas.

El problema residía en que el sector reformista de Comu-nión (triumfante en el plebiscito con sus tesis) tiene destacados exponentes, tanto en la dirección del partido como en el diario *Euzkadi*, pero en el ámbito de la militancia es minoritario y en la dirección de Aberri sus postulados suenan casi a blasfemia. Ello transcenderá en las asambleas donde se tratará la fusión, en las que las tesis tradicionalistas y sabinianas se imponen dejando la victoria en el Comité en meramente testimonial. El peso del tradicionalismo en unas bases bastante acríticas y poco habituadas a debatir discrepancias ideológicas de calado, favorecen a las direcciones que únicamente han de encauzar sin mayores problemas a la militancia que se deja arrastrar por la opinión rectora de los líderes.

En este contexto se produce la dimisión de José Ignacio Arana de la dirección de *Euzkadi* (30 de octubre de 1930). Los que se van a reunificar en Bergara se harán con su control de forma inesperada y gratuita excluyendo a los disidentes que acabarán conformando Acción de inmediato e iniciando el pleito por la prensa entre ambos grupos, que provocará no pocos agrios debates y enfrentamientos (físicos inclusive).

El éxito de la tesis reformista era incierto debido a que los destinatarios de su ideología rupturista estaban fuertemente atenazados por otras estructuras partidarias. La ideología aeneuvista se halla encorsetada entre el obrerismo socialista y el integrismo católico del PNV y, como partido nacionalista abierto e interclasista, se enmaraña entre la dialéctica materialista, las tensiones sociales de la lucha de clases y la necesidad de definirse. La emancipación nacional se prioriza siempre en la lucha política antes que la lucha social y esta discordancia induciría siempre a tensiones y contradicciones dentro del Comité Nacional.

A lo anterior había que añadir que irrumpir en el mundo rural, en manos de los curas, con un discurso laico y progresista era temerario y los pocos que pudieran estar interesados militaban en partidos republicanos por lo que fue difícil captarlos. Mientras, en las áreas urbanas, el proletariado estaba al margen del nacionalismo oficial por clerical y derechista, y era en su mayoría coto de los socialistas. Las clases urbanas pequeño burguesas, caldo de cultivo ideal para la nueva organización, estaban en manos del jekidismo o de los republicanos. La labor de los renovadores era ardua y para desarrollarla necesitaban medios de los que no disponían: prensa, dinero, contactos... y, muy especialmente, un cambio de mentalidad generalizado debido al marcado carácter conservador de la sociedad vasca.

Por último, la actitud de sus aliados progresistas no favoreció el desarrollo aeneuvista; ninguno de los partidos estatistas luchó por el Estatuto con convicción, lo que coartó la labor de Acción y, a pesar de un ingente trabajo, ilusión, renuncias y sacrificios de toda índole en todas las comisiones en las que los hombres de ANV participaban, no pudieron alterar el rumbo que iban tomando los acontecimientos. Fue una tragedia para todo el nacionalismo vasco y para Euskal Herria en su conjunto que Acción no alcanzara cotas de implantación y fortaleza política mayores en el periodo republicano. Con ellos presentes, las estrategias tanto del PNV como

la del Bloque Antimonárquico hubieran sido diferentes por necesidad. Además, las tensiones internas que el partido sufrió en esos seis años no hubieran acentuado sus incoherencias internas.

Con todo, este sector que no acepta el jeldidismo, no se pliega a la decisión de la mayoría y mantiene firme sus postulados. El cisma dentro de Comunión se hace patente. La doble dinámica que se vive dentro de la formación a lo largo de todo el año 1930 se resuelve en el otoño (septiembre-noviembre) con la ruptura y el enfrentamiento final. Ésta se produce por unas discrepancias ideológicas esenciales: una divergente concepción del nacionalismo (tradicional y confesional frente a la renovación y la aconfesionalidad) y discordantes concepciones en la estrategia política (alianza con tradicionalistas, derechistas y monárquicos opuestas a la apertura del abanico de posibles alianzas con republicanos y progresistas de toda índole).

La Asamblea de Bergara (16 de noviembre de 1930)

En sesión matinal, los EBB de las dos formaciones se reúnen por separado y de forma bilateral siguiendo con la negociación de los temas que dificultan la fusión, en especial el tema de la prensa (unos sostenían que la línea editorial y los directores debían de ser controlados por las autoridades del partido, y otros mantenían que incumbían a la ejecutiva provincial).

A continuación se celebran dos asambleas también por separado. En la de Comunión, que es donde en realidad existen los problemas y las reticencias a una reunificación sin debate ideológico, se leen dos comunicados de diferentes manifiestos de la línea liberal y progresista que se mantiene aún dentro del partido y que sostienen los argumentos de la ponencia mayoritaria del plebiscito encuesta del diario *Euzkadi*.

El primer texto es de los promotores de éste con las ideas ya expresadas, y el segundo llega desde Madrid, donde un grupo de jóvenes estudiantes que pronto militarán en Acción, aprecian lo siguiente:

Vivimos en un momento crítico que bien podría ser propicio para los ideales nacionalistas. La futura política del nacionalismo vasco debe orientarse hacia labores de colaboración, tanto interior como exterior. En esta colaboración, con aquéllos que den garantías a nuestras aspiraciones nacionales; en la primera

con la unión sin distinción de ideas políticas, religiosas, sociales de todos aquellos que persigan el reconocimiento de la soberanía nacional.

Las debilidades de nuestra ideología provienen de no haber sabido aunar esfuerzos. Debemos buscar y acoger afinidades allá donde se encuentren, a la derecha o a la izquierda, buscando siempre la mayor eficacia y combatiendo en colaboración al común enemigo... Sin recelos, sin escrúpulos, debemos procurar toda clase de colaboración y eliminar todo motivo de disgregación.

Respecto a la religión, no debe suponer un obstáculo a la unidad de acción ya que el nacionalismo es un sentimiento afectivo y no debe ser excluido nadie de él por motivo religioso alguno; por la misma razón que las ideas religiosas no traban en campos como el social o el económico, o que hay católicos que amparan la monarquía, puede haber otros que sean nacionalistas vascos. En consecuencia, creemos que debe desaparecer de nuestro lema toda declaración confesional.

Como en anteriores asambleas de Comunión se había ratificado la primacía del JEL para no interferir en las negociaciones con Aberri, ni tan siquiera se aceptó que se discutieran ambas ponencias alternativas. La derrota de los reformistas dentro de Comunión se escenifica de una forma definitiva. A éstos no les queda más remedio que acatar la decisión de la mayoría o caminar por su cuenta. Unas tesis que hoy nos parecen de libro, en 1930 suponían un esfuerzo intelectual intolerable a los burukides nacionalistas.

Por la tarde, los EBB en reunión de urgencia aprueban las líneas de fusión y a continuación la asamblea sella la reunificación de las dos ramas del nacionalismo bajo las premisas:

1. Se mantiene la vigencia del JEL (*Jaungoikoa ta Lege Zaharra*).
2. El nombre del partido será de nuevo Partido Nacionalista Vasco.
3. Se hará acto de confesionalidad: la religión católica será parte consustancial del ser vasco.
4. Se reafirma que Euzkadi es la patria de los vascos por derecho, tanto natural como histórico.
5. Se menciona a la raza como base de la nacionalidad.
6. Se reconoce la confederación interna de los Estados vascos sin que estos pierdan ápice de su personalidad propia.
7. Se proclama al euskara como lengua nacional.

8. Se retoman los derechos históricos como sustento de la afirmación de autogobierno.

9. Se ampara un cierto tufo xenófobo.

Tras la reunificación, la línea sabiniana aparece como ganadora en apariencia. Pero sus aportaciones al proceso unificador son mínimas ya que la fidelidad con la línea anterior fue la clave del acuerdo. Los aberrianos no contribuyen con novedad alguna y pronto verán que las tendencias posibilistas (sotistas, euskalerriacas o fenicias) se impondrán en el quehacer diario e institucional del partido. Comunión se acomoda en una clave estatutista huyendo de cualquier posición extrema. A pesar de su discurso aberriano, parece que el Estatuto es un máximo objetivo político y los independentistas (jagis, mendigoizales...) que se enfrentarán a las autoridades del partido, se verán marginados, expulsados o autoexcluidos de la tendencia mayoritaria que se impone en el aparato del PNV. En la reunificación de 1930, la estrategia del nuevo PNV será la de Comunión: posibilismo, estatutismo y nada de soberanismo. Ortodoxia en el discurso, posibilismo en el quehacer diario. Siendo cáustico se puede resumir la situación con la definición de que Aberri aportó el nombre porque representaba la solera sabiniana y Comunión las ideas, Aberri imponía la ideología y Comunión manejaba los hilos del partido. Cediendo en aspectos secundarios como la cuestión del nombre, maniobró hábilmente para obtener el control efectivo de la nueva agrupación.





IV

El nacimiento de Eusko Abertzale Ekintza - Acción Nacionalista Vasca

Como ha explicado el profesor De la Granja, la Asamblea de Bergara es el resultado y culminación de un doble proceso estratégico que desemboca en la reunificación. La tendencia tradicionalista que resulta triunfante, y la reformista que, minoritaria, queda al margen sin aceptar al nuevo partido, funda otro. Y es aquí donde discrepamos de las tesis del profesor De la Granja, que mantiene que ANV sería una mera escisión del PNV. Creemos que, en todo caso, Acción sería una disidencia de Comunión ya que, es dentro de ésta donde se produce el enfrentamiento entre las tendencias. Si los progresistas no aceptan las líneas maestras de la reunificación, no se puede afirmar que se separan del nuevo partido. Ni siquiera entran a formar parte de él. Cuando se decide la refundación, los disconformes con ella ya han abandonado Comunión. Mal pueden, entonces, salirse.

A lo largo del tiempo que dura el plebiscito del *Euzkadi*, ANV va tomando cuerpo ideológico aún antes de nacer. Cuenta ya con un programa político (la ponencia mayoritaria del Comité de los Veinte). Su enlace con la gente que conforma el nuevo Partido Nacionalista Vasco se ciñe a la afirmación de que «Euskadi es la patria de los vascos», a que se debe pro-



fundizar en el auge de la cultura y la lengua vascas y demandar una situación política nueva de autogobierno. Y prácticamente nada más.

A partir del 1 de noviembre, los reformistas publican el semanario *Nacionalista* bajo la experta batuta de J. Domingo Arana. Su intención confesa es propagar la ponencia mayoritaria (publicándola entera) y publicitando un boletín de adhesión a Acción Nacionalista Vasca. Todo esto entre el 1 y el 15 de noviembre. Tenían pues muy claro lo que querían, cuáles serían los resultados de la asamblea que se iba a celebrar y qué debían de hacer. Ante todo esto es difícil mantener la tesis de la escisión. Los promotores de ANV están trabajando en ella desde el verano y con rotundidad desde septiembre, en previsión de lo que preveían iba pasar en Bergara.

Dentro de *Nacionalista* se discrepa ardientemente con la línea intransigente que se ha aposentado en el *Euzkadi* sobre temas como la confesionalidad, las alianzas políticas, la raza y de los derechos del pueblo vasco. Denuncian las afirmaciones del diario *jelkide* aclamando la unión de todos los nacionalistas. Afirman del PNV que es un partido imperfecto e incompleto ya que muchas sensibilidades abertzales que no comulgan con sus posicionamientos están fuera de su ámbito, mientras que dentro de ANV los militantes que trabajan por la construcción nacional (única condición) tienen libertad de acción. Es, por lo tanto, un partido nacionalista perfecto, absoluto, redondo. ANV llama al militante a que no se afilie al PNV y a que espere a conocer la propuesta de la nueva formación que se constituirá de inmediato.

Ante la política de hechos consumados acaecidos en la Asamblea de Bergara (16 de noviembre de 1930), *Nacionalista* publica el documento de la ponencia mayoritaria y el Manifiesto de los Estudiantes Vascos de Madrid, insistiendo en la necesidad de renovación ideológica que precisa un nuevo nacionalismo vasco:

Kizkitza desprecia a los nacionalistas que no sean intransigentemente católicos. Y es que Kizkitza quiere servirse de los nacionalistas y de sus periódicos para emplearlos al servicio exclusivo de la Iglesia. Y el día que éstos no le respondan, se marchará a otro campo para continuar con su obra y, si es preciso, se enfrentará a los nacionalistas. Ya está enfrentado a muchos. Su labor es por la Iglesia no por el nacionalismo aún a sabiendas que su actitud frena el avance de éste.

Nacionalista, en su número uno del 1 de noviembre de 1930, arranca con una declaración programática que se desarrolla bajo el título "Acción Nacionalista Vasca". Tras tildar a la ponencia mayoritaria del *Euzkadi* como un verdadero acierto, plantea como bases inmutables del nuevo nacionalismo que está naciendo la afirmación de la personalidad nacional de Euskal Herria y el derecho al autogobierno. A continuación detalla que, como norma fundamental de actuación del nuevo partido, se considerará aliado a toda aquella organización, entidad o individualidad que reconozca el hecho diferencial vasco.

En las bases de actuación aclara que, ante el doble hecho de constituir Euskal Herria una nacionalidad diferenciada y estar absorbida por el Estado español, ANV actuará en dos líneas paralelas. Con respecto al País Vasco, potenciando la cultura y el euskara como señas de identidad propias, propiciando una entidad administrativa cohesionada, resolviendo los problemas que acarrea la falta de posesión de la tierra, las relaciones capital-trabajo. Con respecto a España, favoreciendo coaliciones con todo aquel grupo que respete las nacionalidades históricas, y que luchen por un sistema federal y democrático en el ámbito de todo el Estado.

Estas cuestiones se plantean el primero de noviembre, cuando Comunion y Aberri discuten sus puntos de fricción que les impide llegar a acuerdos definitivos, a pesar de la presión de los reformistas. Éstos, separados del *Euzkadi*, sacan de la nada un periódico que anuncia no sólo el nombre del partido sino también sus bases ideológicas. Aunque formalmente hasta el día 30 no se den a conocer mediante el Manifiesto, ya conforman una realidad, una estructura política diferenciada de Comunion, sin nada que ver, evidentemente, con Aberri. Hablar de escisión, en consecuencia, no tiene sentido. Más aún, Acción Nacionalista Vasca, aunque no oficialmente, es quince días más vieja que el PNV reunificado.

La culminación de este proceso es rápida. En Acción se trabaja con resolución, pero con evidentes penurias. Los ponentes son heterogéneos ideológicamente y necesitan encontrar unas bases mínimas desde las que iniciar su andadura común. A ello se suma la equivocación política de J. I. Arana al dimitir del Consejo de dirección del *Euzkadi*, fallo que les privó del diario más emblemático y popular del nacionalismo. Órgano que ellos hubieran tenido que controlar, pero del que fueron apartados sin miramientos. Si añadimos a todas estas dificultades las carencias económicas de la nueva formación,

ya que muchas veces serán los “adinerados” del partido –J. Domingo Arana, Urrengoetxea, Ortueta– los que deban adelantar de su bolsillo, y a fondo perdido, montantes para enjuagar gastos, incluso los más elementales. Pero, pese a todo, el 30 de noviembre se publica el *Manifiesto de San Andrés*, declaración general de principios de la nueva formación.

A lo largo del mes de la reunificación de parte del nacionalismo vasco, se venían reuniendo una serie de personas en los locales del vespertino *La Tarde*, sitios en la calle Correo del Casco Viejo bilbaíno. Eran gente del sector reformista de Comunión, de la Juventud Vasca de Barakaldo y nacionalistas independientes principalmente (Ortueta, J. I. Arana, J. D. Arana, S. Zubiaga, Urrengoetxea, Francisco Altuna, Arrien, T. Uribeetxebarria, Santi Meabe, J. R. Basterra, Aio, Muñoz, Ugalde, Zarradona, Erzilla, Garate, Guimón, Olivares, Areitioaurtena...).

Se ha discutido mucho sobre la procedencia de esta gente. Es evidente que una buena parte procede de Comunión. Es dentro de este partido dónde ha surgido la disensión en el proceso de refundación. Pero destaca que haya hombres provenientes de Aberri (Aio, Arregi, Uria, Areitioaurtena...) en principio en las antípodas de los progresistas de Comunión, y gente de Barakaldo que, forzosamente, deben de ser trabajadores u obreros cualificados de las empresas de la Margen izquierda y que tendrán pronto un papel protagonistas dentro de Acción (Villanueva, Perea, Urkullu, Isasi...). Tampoco hay que olvidar que varios de estos líderes de ANV militan a su vez en el sindicato Solidaridad de Obreros Vascos, *la Soli* (Aio, Villanueva, Onraitia...) y que la mayoría de las gentes de Acción se afilian al sindicato nacionalista que, durante el transcurso de la República, va adquiriendo tintes menos conservadores. Y, si bien es notorio la extracción burguesa, pequeño burguesa y liberal de los principales líderes, no debemos menospreciar el sustrato obrero de una parte del aparato de Acción y, sobre todo, de sus bases. En contra de lo mantenido hasta ahora, no era despreciable el número de obreros y de baserritarras en Acción, hartos de los titubeos del partido jeltkide en el tema de la propiedad de los caseríos. Por ello no extraña que, avanzados ideológicamente, puedan arribar en pocos años a manifestar unas posiciones netamente de izquierdas y progresistas.

No se puede desdeñar tampoco que en aquel tiempo mucha gente entraba a militar en una formación política de una forma un tanto folklórica. Las relaciones personales (familia-

res, amigos de la cuadrilla, vecinos, compañeros de trabajo...), la pertenencia a determinadas agrupaciones deportivas y culturales, primaban tanto o más que las consideraciones ideológicas. Éstas, que evidentemente estaban latentes en los militantes, se desarrollaban con el transcurso del tiempo.

Todo esto no implicaba que dirigentes y elites determinadas promocionaran una ideología de puritanismo patriótico que no era exclusiva de los aberrianos. Los españolistas presentaban un cuadro paralelo, contrario dentro de unos parámetros idénticos.

El Manifiesto de San Andrés (30 de noviembre de 1930)⁹

Firmado por el Comité Provisional, es el acta fundacional oficial de toda la corriente crítica que a lo largo del año se había empeñado en reconducir la situación del nacionalismo vasco y que desde el 1 de noviembre había preparado el lanzamiento del nuevo partido. El Manifiesto se inicia con un llamamiento al pueblo vasco, continuando con un preámbulo en el cual se acusa al Nacionalismo Vasco de padecer una crisis de crecimiento, de no haber sabido tomar un camino de progreso ideológico que enlace los postulados sabinianos con las necesidades modernas. Estas carencias e insuficiencias del mundo abertzale, fotografiadas en el plebiscito del *Euzkadi*, son recogidas por ANV.

Tras el preámbulo, el programa se divide en tres partes y un epílogo.

1. Base ideológica fundamental: la afirmación afectiva y eficaz de la personalidad de Euskal Herria y su derecho a decidir libremente sobre su futuro. Aceptar esta premisa es condición única para militar en la nueva formación.

2. Norma fundamental de actuación: actuar de acuerdo con cualquier formación o institución que reconozca y asuma el hecho diferencial vasco.

3. Criterios de actuación. Frente a la dualidad de que el pueblo vasco constituye una nacionalidad diferenciada pero que no está políticamente constituida, ANV acuerda:

⁹ Repartido como folleto; fue recogido íntegramente en el vespertino *La Tarde*, 3 de diciembre de 1930.

Con respecto al País Vasco:

–Ocuparse por la difusión del euskara y todas las señas de identidad culturales que nos definen como pueblo.

–Trabajar por la cohesión política y administrativa del país.

–Favorecer que se resuelvan los problemas particulares de cada zona que afectan a la posesión de la tierra, relaciones capital-trabajo...

–Colaborar con cualquier partido vasco que propugne la restauración de los derechos de Euskal Herria o que persiga la constitución de un Estado menos unitarista que el actual.

Con respecto a España:

–Colaborar con aquellos partidos que reconozcan el hecho diferencial de las nacionalidades históricas, que tiendan a formar un Estado menos unitario que el actual, que garanticen los derechos individuales, que aseguren un orden jurídico alejado de toda dictadura o arbitrariedad, que resuelvan los problemas sociales con justicia y reduzcan el ejército a la esfera de su propia función, que deroguen la ley de jurisdicciones que armonicen un sistema democrático como el que desea vivir Euskadi.

En la explicación final, ANV-EAE manifiesta que ha suprimido elementos de fricción en aras a facilitar la idea fundamental: el reconocimiento de Euskal Herria como personalidad nacional. No se pide adhesión a nada más para sumar voluntades; poner otras premisas significaría dejar de agregar partidarios y eso es precisamente lo que se pretende evitar. Ensanchar, aunar criterios, es el lema. ANV nace del amor a Euskadi, no siente odios. Reconoce que hay que convivir con otros pueblos peninsulares y quiere que sus relaciones sean cordiales y provechosas, y aboga porque todos publiciten esa altitud de miras preocupándose de sus problemas propios sin invadir terrenos ajenos. Por eso armonizarán en el respeto pero lucharán sin dudarle contra aquéllos que pretenden imponer a Euskal Herria algo que ésta no desee.

Respecto al PNV, Acción sostiene que quiere mantener una relación cordial. Disiente en la concepción del movimiento nacionalista pero afirma que «vivimos los mismos sentimientos y anhelamos el mismo fin».

A otros partidos no nacionalistas, pero que reconozcan el hecho nacional vasco, también se les saluda. A los partidos

enemigos, la advertencia leal de la oposición de ANV hacia ellos en todos los terrenos.

Acción parte de la legalidad vigente porque está convencida que desde ella se pueden lograr sus objetivos. No serán ellos los primeros en abandonarla, pero no se arrugarán si les llevan a una lucha fuera de esos cauces.

En definitiva, ANV aspira a lograr mediante el convencimiento la evolución del actual régimen jurídico-político hasta lograr alcanzar las cotas de autogobierno que el país demanda, quedando claro su posicionamiento. Acción Nacionalista finaliza como había iniciado el Manifiesto, dirigiéndose al pueblo vasco invitándole a sumarse a sus posiciones en clave nacionalista y democrática.

Analizando el proceder de Acción Vasca no dejan de sorprender los bandazos que ofrece su trabajo diario, del mismo modo que es admirable su capacidad de sacrificio de intereses particulares en beneficio del conjunto del país. Es ésa una idea que machaconamente aparece en sus documentos internos, antiguos y actuales, afirmando que ANV nace para limar las aristas que enconaban la relación entre vascos abertzales y españolistas, que su trabajo básico es superar ese enfrentamiento interno, acercar ideologías opuestas para lograr al menos una base de trabajo común en beneficio de Euskal Herria.

Alguno de sus dirigentes (Ruiz Agirre) comenta desilusionado, ya en 1936, que esa línea de compromiso buscando unos ámbitos de actuación esenciales de encuentro ha fracasado y que se impone asumir una línea de actuación propia partidaria de un cambio de rumbo estratégico y de la declaración del derecho de autodeterminación en una Euskal Herria reunificada.

Orígenes ideológicos y significación del Manifiesto de San Andrés

a) La ponencia mayoritaria del plebiscito-encuesta del diario *Euzkadi*.

Obra de los militantes navarros Artxanko, Cunchillos y Manuel Aranzadi (éste no militó en Acción y el segundo lo hizo por un espacio corto de tiempo) aunque todos los indicios hacen pensar que los dirigentes bizkaitarras Arana y Urrengoetxea estaban en la fuente del documento. En esta proposición se recogen prácticamente todos los postulados del Manifiesto.



b) La contribución de nacionalistas independientes anteriores y coetáneos.

Ulazia, Tomás Etxabe, Eduardo Landeta, Telesforo Uribe-etxebarria, Justo Garate, el doctor Guimón, Santi Meabe, Olivares Larrondo, la asociación de estudiantes vascos en Madrid (Pello Irujo como representante de esta asociación ondeó por vez primera la ikurriña en Madrid en un acto público para celebrar el nacimiento de la República, el 14 de abril de 1931)... todos aquellos que por su pensamiento superador de la doctrina sabiniana suponen un paso adelante en el progreso de la idea nacionalista y son un precedente en el plano intelectual. A todos ellos se une el pensamiento de los fundadores de Acción Nacionalista que plantean tres ideas primigenias para la modernización doctrinal: la constatación de la personalidad vasca como fundamento de la nacionalidad euskaldun; el reconocimiento de los principios democráticos como base de actuación política y, finalmente, la exigencia de acabar con el aislamiento político del nacionalismo.

c) El documento del Comité pro Resurgimiento Vasco.

Publicada en Baiona en 1930 y detrás de la cual estaban varios futuros fundadores (Etxabe, Areitioaurtena...) que propugna un nuevo nacionalismo vasco basado en:

–No renunciar nunca a la independencia como meta del nacionalismo vasco.

–Respeto individual a las creencias religiosas y separación Iglesia-Estado.

–Respeto a los derechos individuales como base de actuación política.

–Alianza con facciones progresistas del Estado para asegurar un sistema democrático.

–Repudio de la Monarquía.

–Tomar ejemplo del nacionalismo irlandés como método de avance en la construcción nacional.

–La unidad del nacionalismo como idea-fuerza de que no es una ideología partidaria sino una corriente en la que navega todo el pueblo junto.

–Acabar con el nacionalismo folklorista, con la defensa del euskara no se hace construcción nacional; hay que implicarse más en el trabajo nacional, en más campos y con mayor espíritu de sacrificio.



d) Influencia de las corrientes republicanas del nacionalismo catalán, en especial de Esquerra Republicana y Acció Republicana de Catalunya de las que asumen valores como liberalismo, republicanism, principios democráticos, colaboración con otras formaciones políticas.

e) Influencia de los movimientos emancipadores, los que agitan Europa, donde las naciones sin Estado luchan por lograr un estatus propio en el concierto internacional. Los sangrientos sucesos acaecidos en la Pascua de 1916 en Dublín y la lucha de los nacionalistas irlandeses se hallan muy presentes en el sector más radical del nacionalismo vasco. Las actuaciones del Sinn Féin, continuamente citadas por los jais, pasan a ser valores a imitar por los luchadores vascos más consecuentes.

Llegados a este punto crucial, es preciso analizar el poso del que todo este caudal ideológico germina en la nueva formación abertzale. Hay que tener claro que Acción Nacionalista representa un corte significativo en el mundo conceptual del nacionalismo vasco. Hay un antes y un después de la aparición del Manifiesto de San Andrés. Años más tarde (*Tierra Vasca*, diciembre 1966), definiría la proclama como liberal, aconfesional y progresista. A pesar de que el nuevo proyecto no llegó a cuajar por las numerosas dificultades con las que se enfrentaba ya de partida y por la confusa y cambiante realidad que le tocó afrontar, Acción significó un principio transformador al asumir el nacionalismo como un movimiento democrático y liberal, una completa revolución en el ideario tradicional sabiniano. Iniciando su andadura desde posiciones moderadamente progresistas a la vez que perfectamente democráticas, se irá escorando hacia la izquierda influenciado tanto por la propia evolución de sus bases como por la dinámica general que se vive dentro de la República española en constante cambio.

En el haber de la nueva formación hay que ubicar enfoques referenciales novedosos y rupturistas. Se rechazan los fundamentos del JEL, (configurando por ello el primer partido no sabiniano dentro del mundo nacionalista vasco), como eje primordial del ideario nacionalista sustituyéndolos por criterios de actuación política moderna basados en el derecho de libertad de los pueblos. Al *Jaungoikoa ta Lege Zaharra* se le opone el *Aberrri ta askatasuna*. Anteponen la Patria a la confesionali-

dad y a Dios, desechando la Ley Vieja (derechos históricos) sustituyéndolos por el derecho de autodeterminación.

Todo este entramado ideológico les separa abismalmente del PNV ya que las tesis de Arana «los vascos para Euzkadi y Euzkadi para Dios» significaba ser católico antes que vasco o por ser vasco ser esencialmente católico. ANV, reconoce por el contrario, la aconfesionalidad como base respetuosa del hecho religioso; ni siquiera la pureza de sangre como fundamento político sirve. Todo lo contrario. La personalidad vasca descansa en su particularismo y en el hecho diferencial nacional. Acción Nacionalista admite la raza como cimiento de nacionalidad pero vaciándola de función y valores políticos, condenando de esta forma la xenofobia y el racismo. Se pretende la contribución de todos los vascos con vistas a la construcción nacional sin apoyarse en el “apellidismo” y la sangre, sino en la voluntad política de cada uno para hacerlo. Basta con querer adherirse al proyecto para entrar a formar parte de él sin tener en cuenta una riada de apellidos vascos; ilustrativo de esto fue el clásico lema de Acción Vasca: «No importa de dónde vienes, sino a dónde vamos». Estas ideas entran en contradicción con las del ideario jeltzale.

Un cambio trascendental se produce con la decisión de modificar el sistema de alianzas tradicional para acercar posturas con cualquier formación que reconozca el hecho diferencial vasco y persevere en la consecución de un nuevo régimen jurídico-político federal para el Estado español, democrático y respetuoso con las nacionalidades históricas.

Acción Vasca sostiene la opinión de que, en esta situación, el Estado central será más respetuoso con el pueblo vasco, mucho más que cualquier monarquía. Para ello se debe ampliar el abanico de alianzas políticas en un intento de abarcar a los progresistas españoles (republicanos y socialistas). Esta unidad de acción propicia que ANV durante todo el periodo republicano base su actuación política en la consecución de un Estatuto de Autonomía como punto de partida para alcanzar cotas mayores de autogobierno. En los momentos de crisis, durante los años que duró el debate pro-Estatuto, Acción llegará a radicalizar su discurso propugnando la autodeterminación y la independencia.

ANV insiste en apoyar un Estado vasco centralizado y en superar las divisiones históricas de cada herrialde asumiendo una estructura interna por comarcas (eskualde). Esta preten-

sión, que se verá frustrada en la práctica, parte del unitarismo de los nacionalistas vascos precursores y de la Juventud Vasca de Barakaldo. Se condena todo separatismo intrvasco y su propósito es la unificación política, cultural, idiomática de Euskal Herria dentro de una concepción plenamente unitarista del país.

Por todo lo expresado, EAE-ANV es el primer partido nacionalista de centro-izquierda y, posteriormente, de izquierda socialista no marxista que surge en el marco político vasco. Sus posiciones políticas divergen en el fondo y en la forma del PNV, por ello su comunicación con el nacionalismo mayoritario va a ser siempre difícil excepto en momentos puntuales (verano de 1933) en los que la represión global del Estado les aproximará con mayor fuerza que cualquier coincidencia política. Será preciso una guerra civil para que ambas formaciones limen asperezas y sumen un comportamiento político de unidad nacional, el primero en la Historia del nacionalismo vasco. ANV se desangrará en las trincheras de todos los montes de Bizkaia desmantelándose como partido y cayendo durante el exilio en un cierto seguidismo del PNV.

¿Escisión del PNV?

Frente a la opinión del profesor De la Granja y tomando como base de estudio que en la Asamblea de Bergara (16 de noviembre de 1930), los reformistas de Compañía no aceptan la fusión, considerando así que en todo caso se trataría de una disidencia de Compañía Nacionalista Vasca, facción que, al desaparecer Compañía, reaparecería con una ideología más avanzada y moderna en todos los órdenes. Mantener que es una escisión del PNV es, cuando menos, exagerado por lo minimizador de lo que representaría la conjunción de gentes que luchaban por un cambio, ya que la divergencia en el partido comunista es muy anterior en el tiempo a la refundación del partido jeltzale. La ideología de la nueva formación está plenamente conformada incluso antes de la Asamblea de Bergara (ponencia mayoritaria, semanario *Nacionalista* número 1 del 1 de noviembre de 1930). Por todo ello sostenemos la teoría de que ANV es un salto cualitativo hacia delante en el nacionalismo vasco. Apoyados en los referentes ya señalados, configura un inédito corpus ideológico que transmuta los sentimientos nacionales a un marco moderno y democrático.

Origen del nombre de ANV

Granja avala que el nombre de Acción lo copiaron los evolucionistas de Comunión de los partidos catalanes Acció Republicana y Acció Nacionalista. No vamos a poner en duda las influencias positivas que el nacionalismo catalán provocó en los vascos que querían abandonar el JEL. Los catalanes habían desarrollado el ideario nacionalista en todos los terrenos y ámbitos políticos, incluido un nacionalismo de izquierdas, algo impensable hasta ese momento en el campo vasco. Pero de ahí a pensar que Ortueta, Arana, Basterra reprodujeron simplemente el nombre de su formación ni aún en un sentido de equiparación...

Se debe tener en cuenta, antes de nada, que los nombres relacionados con EAE-ANV son reiteradamente repetidos; incluso se repiten los nombres de sus publicaciones con una cadencia fija. A finales de la década de los veinte, José Domingo Arana, huido de la justicia española primorriverista, residió unos años en Buenos Aires. En la capital argentina existía desde varias décadas atrás una sociedad patriótica ligada al nacionalismo vasco que incluso editaba un semanario. Tanto éste como la sociedad se denominaban *Acción Nacionalista Vasca*. José Domingo estuvo ligado a este círculo nacionalista ocupando cargos de relevancia dentro de él. Se editaba de igual forma un órgano de prensa llamado *Nacionalista*. Demasiada coincidencia para que sólo sea una casualidad. Encaja a la perfección que Arana, cuando retornó a Bilbo, importó en su equipaje el nombre. Esta asociación tenía como lemas la unión de todos los vascos para lograr el reconocimiento de Euskal Herria como nación, el fomento de la cultura y lengua vasca, el respeto a todas las ideas y a todas las personas, enormes y acuciantes problemas económicos... El nombre tuvo necesariamente que llegar desde Argentina.

Aún es posible aceptar otra hipótesis significativa que se sume a la anterior y es que el resultado final sea un compendio de ambas. Al menos desde 1926, funciona en Nueva York un grupo denominado Acción Nacionalista Vasca. Su lema era *Euzkadi da euskotararren aberri bakarra*. Estaba conformado por vascos nacionalistas exiliados por la represión de la dictadura y otros que vivían en la Gran Manzana por motivos laborales. Hay documentos que confirman que algunos de ellos entraron a formar parte de Acción tras el Manifiesto, y que se hallaban en contacto epistolar con futuros dirigentes, como el gasteiztarra Odón Apraiz.

De todas formas, es lógico que una formación que nace como resultado de influencias múltiples aduzca que el nombre es producto de todas ellas.

Con todo, dejando a un lado el asunto del nombre, tema nada baladí por otra parte, resalta el hecho de que, mientras en el interior del país es tan difícil hacer avanzar las ideas progresistas dentro del mundo nacionalista, en el exterior existen vascos con esa preocupación de renovación y cambio. Gente que luego tendrá un peso significativo dentro de Acción como el mismo Arana o Luis Pérez Agirre.

Años más tarde, Artxanko, uno de los promotores de Acción Vasca en Nafarroa, confesaba que, referente al nombre: «se dieron muchas vueltas y se gastaron horas de discusión; de todas formas, los navarros impusimos que en la denominación figurara la acepción nacionalista como condición *sine qua non* y que no apareciera la palabra Partido para distinguirmos perfectamente del PNV».

Relaciones entre ambos partidos nacionalistas: discrepancias y coincidencias

Tomás Etxabe rememoraba ya en el exilio las circunstancias que rodearon el surgimiento de EAE-ANV:

«Sabíase que la aparición de Acción Vasca en el panorama político vasco provocaría en muchos sectores organizados del país virulentas reacciones, no podía esperarse otra cosa. En el deslinde convencional de campos existentes a la sazón, el caso equivalía a la llegada de un elemento perturbador. La ofensiva desatada fue incluso superior a lo previsto. Pero los postulados de ANV se van imponiendo a la lógica del paso del tiempo. Y es que Acción marchaba y marcha por delante de las realidades y no a remolque de ellas».

Con los antecedentes de enfrentamiento de los meses anteriores, las relaciones desde mediados de noviembre en adelante no podían ser fluidas. En realidad, a pesar de ser todos nacionalistas vascos, sus diferencias tácticas e ideológicas eran abismales.

Dentro de Acción eran opuestos a las dos partes del JEL. Ni Dios ni la Ley Vieja eran parte de su fundamentación ideológica. La aconfesionalidad de los aeneuvistas (los «sin Dios» los llaman desde el diario *Euzkadi*) era una posición que no caía en la mentalidad del movimiento jeltkide a pesar de que

los dirigentes de Acción Nacionalista eran católicos practicantes –acababan de militar en el mismo grupo– y en absoluto anticlericales.

La alianza de la nueva formación con los republicanos y socialistas del Bloque Anti-monárquico era la plasmación del abandono de posiciones derechistas dentro de la nueva estrategia. El PNV nunca había pasado de pactar puntualmente con gentes muy a la derecha de cualquier republicano. Su mundo aliancista se circunscribía a las diferentes ramas del monarquismo, católicos independientes, carlistas...

Entre ANV y PNV se va a desarrollar un enfrentamiento a todos los niveles por el control del nacionalismo vasco en tres perspectivas: Antagonismo ideológico; pugna por el control de la prensa nacionalista y disputa de un espacio electoral bastante similar.

A niveles meramente prácticos y materiales, el triunfador en este enfrentamiento será el PNV. Acción Nacionalista nunca podrá acercarse ni electoral ni fácticamente a su altura, pero su aportación a la renovación de un estancado nacionalismo vasco será fundamental para el futuro de éste. Se da la curiosa circunstancia de que el motor de arranque a la modernidad no partirá del nacionalismo mayoritario sino del minoritario. Los postulados de igualitarismo y democratización, respeto y alianza con los que reconozcan el hecho diferencial vasco, la aconfesionalidad, el republicanismo, el anticapitalismo absoluto y defensa de los derechos de los trabajadores... todos los fundamentos parten de ANV. (El PNV paradójicamente, acabará practicando la política que diseña ANV: se acercará a los partidos progresistas españoles consensuando con ellos el Estatuto, hará plena fe de republicanismo, irá tornándose un partido más liberal iniciando la democratización de sus estructuras partidarias...). Y, algo esencial, que engarzará a Acción con el nacionalismo progresista moderno, es que su fundamentación ideológica no se basa en el recurso habitual de los derechos históricos sino que se avala en el deseo político presente de los vascos que son los únicos depositarios para elegir su destino.

En resumen, las discrepancias ideológicas serían:

1. *Jaungoikoa ta Lege Zaharra / Aberri ta Askatasuna.*
2. Complementariedad de raza, sangre e idioma / Una Euskadi libre con hombres libres.

3. Herrialdes autónomos en una Euzkadi confederal / una Euskal Herria unitaria.

4. Siempre solos en las contiendas electorales, a lo sumo alianzas puntuales con tradicionalistas, moderados... / alianzas con todos aquellos que respeten el hecho diferencial vasco.

5. Para ser nacionalista hay que ser católico vasco / apertura a todo vasco que quiera luchar por la liberación nacional.

Sus desacuerdos abarcan casi todos los campos doctrinales y políticos. Se enfrentan en:

- La misma esencia de la doctrina nacionalista.
- El origen de los derechos nacionales de Euskal Herria.
- La dialéctica entre la religión y la política.
- La concepción misma de la democracia.
- La respuesta inicial ante la República.
- La política de alianzas.
- La composición política de una futura Euskal Herria libre.
- El tema de la raza como valor político y la cuestión de los emigrantes.
- La cuestión social.
- La valoración del sistema económico y productivo.

A la pregunta «¿Cómo se definían los militantes de ANV?», Tomás Etxabe responde: «Somos nacionalistas, y nacionalistas vascos para ser más precisos. Por una serie de razones que, además de ser lógicas, son sentidas. Somos nacionalistas por el simple hecho de ser vascos. Somos también nacionalistas porque somos demócratas. El que seamos decididos partidarios de la justicia social es, ¡cómo no!, un factor muy importante dentro de nuestro nacionalismo y creemos que lo fundamental ahora es cambiar las estructuras de la producción y de la propiedad. Estructuras que tienen un marcado carácter capitalista y explotador siempre alimentado y protegido por el gobierno de Madrid. Otra razón de nuestro nacionalismo es que nos sentimos progresistas y europeos».

Respecto a la existencia de posibles coincidencias entre ambas formaciones, PNV y ANV, Etxabe sostiene: «Evidentemente, sí. Los dos grupos eran nacionalistas vascos y ANV no era anti-sabiniana, incluso glosa la figura del fundador del nacionalismo vasco. Ambas aceptaban que Euzkadi es la patria de los vascos. A partir de aquí, todo lo que el Maestro dijo

debe estar sujeto a crítica política. Lo que les enfrentaba era la metodología política para alcanzar ese fin. Los dos partidos consideraban vital la potenciación de la cultura vasca como mezcla aglutinante de las tendencias políticas y, especialmente, el fortalecimiento y uso del euskara como lengua nacional. Por último, uno y otro aceptarán como comunes al pueblo vasco una serie de símbolos como la ikurriña».

En *Tierra Vasca* (25 de marzo de 1933), un artículo de S. Manterola incide en esta cuestión de las diferencias:

Principios esenciales de la doctrina jelistá:

1. Pureza de sangre y raza.
 2. Catolicismo.
 3. Sumisión de lo político a lo religioso.
 4. Separatismo intravasco.
 5. Supeditación del proletariado al servicio de la plutocracia; del trabajo al capital.
 6. Supeditación del hombre a la idea de Dios y Patria.
 7. Fundamentación puramente histórica de la idea nacionalista.
 8. Partido de clase fraccionado.
 9. Idioma y señas identitarias bizkaitarras
 10. Dogmatismo político / religioso y social.
- Patria libre con hombres esclavos.

Principios esenciales de la doctrina nacionalista:

1. Vascos de raza o de afección.
 2. Aconfesionalidad.
 3. Separación Iglesia / Estado.
 4. Unidad vasca.
 5. Lucha libre del proletariado para lograr un régimen más justo.
 6. Supeditación del hombre a la idea de Patria y Libertad.
 7. Fundamentación voluntaria e integral.
 8. Partido de la causa nacional.
 9. Idioma unificado, símbolos nacionales.
 10. Independencia absoluta político / religiosa y social.
- Patria libre con hombres libres.

En este decálogo se resume a la perfección las diferencias entre los dos partidos nacionalistas y el por qué de su divergencia ideológica. El ansia de modernidad que Acción persi-

que se manifiesta tanto en la letra como en el espíritu de los diez puntos. ANV se adelanta cuatro décadas a la demanda de un euskara batua igual que lo hace en aspectos de organización democrática y amplitud de miras. Si Acción hubiera ocupado la preponderancia política que asumiría el nacionalismo jeltzale, Euskal Herria posiblemente no hubiera tirado por la borda seis años de trabajo republicano (éstos habrían actuado de forma diferente si el partido mayoritario dentro del nacionalismo hubiera sido uno de los “suyos”) ni los cuarenta años de dictadura fascista (por la misma regla de tres Acción difícilmente hubiese seguido la política exterior jeltkide tan atada al aliado yanqui). Sus posicionamientos, su claridad de ideas y la contundencia de sus fines, habrían supuesto para el país la consecución de una política verdaderamente nacionalista.

Un ejemplo de la controversia ideológica se plasma en un artículo aparecido en el vespertino *La Tarde* el 5 de diciembre de 1930 en el cual José Ignacio Arana responde a Federico Zabala, *Leonardo*, que desde el *Euzkadi* ha intentado explicar los porqués del nacimiento de ANV.

Arana le aclara que el plebiscito fue idea suya y que el dirigente jeltkide no debía buscar fantasmas donde no los había. La razón que le lleva a desarrollar la idea es la necesidad de conocer la situación real del nacionalismo tras siete años de dictadura. El motivo que le impulsa es la de revisar los valores del nacionalismo para su ratificación o rectificación. Arana añade que Rotaetxe (presidente del EBB de Comunión) conocía de cabo a rabo todo el tema y le parecía bien la consulta, por lo que no puede hablarse de secretismo en la acción proponente. Además, el plebiscito fue aprobado por unanimidad en el consejo de administración del *Euzkadi*. Arana y los ponentes demandaban una asamblea amplia y abierta por lo que difícilmente pretendían manipular los resultados. Fue el EBB de Comunión el que maniobró al convocar el 1 de noviembre de 1930 una asamblea en Bergara dejando fuera del orden del día las ponencias resultantes del plebiscito (para no tener aún más problemas con los aberrianos) impidiendo con ello su debate. Estaba claro que los pragmáticos de Comunión no deseaban que el nacionalismo vasco se internara en aguas democráticas y participativas. Podría ser peligroso.

Referente al nacimiento de ANV, José Domingo Arana escribía: «La reacción de los medios ilustrados y los obreros de las zonas fabriles respondió amplia y generosamente a sus



previsiones. Pero (...) los círculos industriales y financieros, conectados con la alta burguesía y entornos dirigentes vascos, alarmados por el cariz social que los innovadores propugnaban y por la resonancia inmediata que alcanzó su proclama de una parte; y de otra, la instintiva hostilidad de los que hasta en el más moderado liberalismo sospechaban aviesas intenciones, cuánta más en el aconfesionalismo (...) conjuntaron una ofensiva múltiple que manejaba toda suerte de recursos y medios sin respetar siquiera la vida privada. Los que resistieron –prácticamente todos– conocieron la difamación y la agresión, incluso física. En la prensa sabiniana se les señaló como objetivos».





V

ANV durante la Segunda República. Estatuto y alianzas electorales

En la lucha por el espacio político y electoral con el PNV, ANV partía en inferioridad de condiciones debido fundamentalmente a:

- El poder de la Iglesia en la sociedad vasca y, sobre todo, en las áreas rurales.
- La influencia del pasado histórico y de las costumbres.
- La desigualdad de recursos económicos.
- La carencia de un medio propio de comunicación.

La sociedad nacionalista vasca en 1930 era católica a *machamartillo*, ferviente y muchas veces claramente integrista. Gran parte del clero, sobre todo el bajo clero, es afín al nacionalismo moderado jeltkide y enemigo de cualquier intento de cambio que huela ni de lejos a liberal, mentado como el mismo diablo, ya que liberal, en el acervo cultural vasco, equivale a opositor de las libertades tradicionales euskaras. Los liberales eran aquéllos que derrotaron al carlismo e hicieron que el sentido de España inundara el suelo vascón. Además, ANV se declara aconfesional, algo inaudito en el panorama nacionalista de aquel momento, de forma que a sus limitaciones estructurales, se añade el recelo de los curas rurales al ver a un grupo de vascos nacionalistas ateos.



EAE-ANV intenta manejar su proyecto de modernidad en una sociedad razonablemente industrializada, económicamente en progresión y socialmente plural. Su nacionalismo tolerante en lo religioso y liberal en lo político, flexible en lo social y conciliador en el tema de la emigración, le enfrenta a la fuerza de la costumbre y a la tradición, una asociación de ideas que no acaba de calar en las bases nacionalistas a las cuales la nueva formación se dirige. Por todo ello, ANV no sólo se enfrenta a las prácticas políticas firmemente arraigadas, sino también a un partido asentado en parte de la sociedad vasca, con mayores recursos materiales y humanos, mejor engranaje de difusión, con prensa propia para machacar al oponente ideológico cercano y claridad de objetivos posibilistas en la toma de espacios de poder por encima de todo para, desde ellos, generar clientelismo e imponer sus tesis pragmáticas. La correlación de fuerzas es así, abismal. ANV parte de cero, prácticamente con lo puesto. Con Comunción se va toda la infraestructura que los progresistas han utilizado. El *Euzkadi*, en poder de los reunificados, servirá de ariete contra los reformistas y éstos deberán poner dinero hasta para comprar los bolígrafos y el papel donde poder plasmar sus ideas.

Un partido con las características del que acababa de irrumpir el día de San Andrés era evidentemente un riesgo para el PNV. Todo el mundo era consciente de la dificultad de asentar un proyecto nacionalista de izquierda (nunca antes se había intentado con la rotundidad de esta vez). El espacio político vasco era copado en la derecha por el propio PNV y el izquierdismo era tomado como algo casi ajeno a lo vasco siguiendo la doctrina emanada de Arana, y era ocupado por el socialismo sucursalista.

Evitar el expansionismo de tan peligrosas ideas en su coto privado era fundamental para los *jelkides*. Para ello desarrollaron un discurso simple y claro basado en dos aspectos: por un lado, se tachaba a los militantes de Acción de ser dudosamente patriotas y de tener su izquierdismo un barniz vasquista más aparente que real. Ello a pesar de que, muy poco antes, buena parte de los que integraban ANV militaban tanto en Comunción como en Aberri.

El segundo punto de desgaste o ataque lo fijaban en la religión. Intransigentes a ultranza en materia confesional, el PNV atacaba a Acción Vasca en su aconfesionalidad. Siguiendo una vez más al pie de la letra las enseñanzas de Sabino, no se podía ser vasco si no se era fundamentalmente católico. La visión

modernizadora impulsada por ANV de separar la religión de la política y defender el hecho religioso como una opción estrictamente personal y no social o grupal, era recriminada desde el jeltzalismo duramente. El «sin Dios» era el insulto favorito que la prensa peneuvista, encabezada por el *Euzkadi* y su *alma mater*, Kizkitza, dedicaba a sus antagonistas.

Y esa presión continua, unida a las dificultades económicas, mermaron las posibilidades expansivas de ANV colocándole siempre en una situación inestable y delicada que sus dirigentes agravaron no sabiendo hacerle frente con decisión, manteniendo incluso contradicciones operativas dentro del propio Comité Nacional.

La expansión de Acción es paralela a la que realiza cuarenta años antes el PNV. Irradia desde Bilbao y los pueblos de la cuenca baja del Nervión hacia las zonas rurales y periféricas de Bizkaia. Por la costa se hace fuerte en municipios como Plentzia, Gorniz, Bermeo o Lekeitio. En Gipuzkoa, parte de la capital hacia el área de Donostialdea y poco a poco mantendrá una presencia, casi siempre minoritaria, en todos los pueblos importantes del **herrialde**.¹⁰ Respecto a Araba, un núcleo de militantes se organiza en Gasteiz y Laudio. En Nafarroa su constitución se retrasa hasta 1933. La causa es la duda de algunos personajes importantes del nacionalismo en el herrialde navarro que, o dudan en dar el salto desde el PNV o, dándolo, retornan pronto al **jelkidismo**.¹¹

Este obstáculo en los dos territorios del interior lo sufre de igual forma el PNV. Ninguna formación nacionalista logrará echar raíces firmes y profundas, y habrá que esperar hasta Herri Batasuna para que el nacionalismo vasco tenga un referente significativo en el *Viejo Reyno*.

10. En el primer semestre de 1931 están confirmadas las agrupaciones de Bilbao, Barakaldo, Basauri, Berriz, Derio, Galdakao, Gorniz, Getxo, Gernika, Lezama, Plentzia, Cruces, Burtzeña, Retuerto, Sestao, Ugao, Arrigorriaga, Asua, Erandio, Donostia, Pasaia, Arrasate, Zumarraga, Irun, Hondarribia, Portugalete, Gasteiz, Ordizia, Azpeitia, Zestoa, Astigarraga, Ataun, Azpeitia, Alzo, Eibar, Hernani, Getaria, Legorreta, Elgeta, Eskoriatza, Urnieta, Zaldibia, Zarautz, Tolosa, Errenteria, Asteasu... Es llamativo que pueblos pequeños tengan en poco tiempo sedes sociales y militantes de la nueva formación.

11. Es el caso de Nafarroa, donde Aranzadi postula por la unión aunque afirma que el ideario de Acción le atrae. Cunchillos militaré durante un tiempo para luego retornar al jeltzalismo. Es Artxanko el *alma mater* del grupo iruindarra junto a algún miembro del clan Irujo, como Pello.

ANV es un partido básicamente estatutista durante casi toda la República, al igual que el PNV. Toda su estrategia política se desarrolla en la consecución de un Estatuto de Autonomía para el país. Participa en las Comisiones Gestoras de las Diputaciones con la intención de acelerar el proceso de tramitación y aprobación del texto estatutario y poder lograr un Gobierno vasco. Su trabajo y papel en el Estatuto de las Gestoras (1932/1933) y en el plebiscitado (5 de noviembre de 1933) es constante, tenaz y destacado.

Eusko Ekintza acude a las tres elecciones legislativas de la República con la Autonomía como programa: en 1931 con el proyecto de la Sociedad de Estudios Vascos; en 1933 con el Estatuto recién aprobado y, por último, en 1936 con la promesa de Estatuto dentro del Frente Popular. Era el lema inequívoco del partido, situar a la Patria en el camino de la libertad.

Acción Vasca vio frustrados todos sus anhelos, unas veces a causa de la situación general del Estado y otras por la política del Gobierno de Madrid, lo que conllevó a su radicalización en el programa que deroga al Manifiesto de San Andrés en 1936. Durante todo ese tiempo, la autonomía era la base adecuada para lograr la autodeterminación. Al final, exigirá la independencia directamente.

¿Qué ocurrió con el PNV tras la fusión de Bergara?

Da la impresión que Comunción domina el nuevo partido. La estrategia política del PNV durante la Segunda República es continuación precisa y cada vez más arraigada de las líneas más posibilistas de Comunción. De Aberri se mantienen el credo JEL y los principios más esenciales que dejó marcados Arana, pero la línea divergente que pronto aflorará de los ex dirigentes aberrianos (Gallastegi, de la Sota) y de Jagi-Jagi y el movimiento mendigoizale, hacen pensar que dentro del nuevo partido jeltzale las cosas seguían sin estar claras y que las discrepancias de la década anterior o no se habían cerrado o no estaban curadas. Eli Gallastegi no estuvo presente en las negociaciones sobre la reunificación y se encontró con todo el pescado vendido cuando regresó de su exilio mexicano. No quiso ser elemento de discordia y acató, en principio, los hechos consumados. Pero dejó claro que Aberri había cedido demasiado en el acuerdo, que se había sacrificado el sabinismo puro y una concepción socio-económica más progresista que la de Comunción. Como quedó claro en la sucesión de los

acontecimientos posteriores, la “marca” PNV ofrecía una soleira sabiniana muy atractiva para el electorado nacionalista y por eso se decidió mantener el nombre. El peso de la tradición era una llama sagrada entre los seguidores de Arana.

Comunión maniobró con inusitada pericia durante toda la negociación por la reunificación. Cediendo en aspectos menores, como en el tema del nombre, manejó la situación hábilmente para obtener el control efectivo del aparato de la nueva organización. Era la viva imagen del pragmatismo *euskalherriaco* o sotista con medios, líderes y relaciones suficientes para flotar en medio de cualquier tempestad, rostro del autonomismo pactista tan necesario para un Estado tan acuciado como es el español, reflejo de la línea más derrotista del llamado “giro españolista” de Sabino.

Existe un detalle significativo de la situación de ese momento que debería ser analizado por el nacionalismo radical de hoy por sus evidentes similitudes y paralelismos. Y es que, durante la dictadura primorriverista, el Estado reprimió en todos los campos al ala más independentista del nacionalismo vasco dejando en paz a la más moderada. Fruto de ello es que, decidida la reunificación, los dos sectores llegan a ella en diferentes situaciones. Comunión perfectamente organizada, con medios económicos, tácticos y fácticos, y la línea de Aberri desorganizada, sin líderes (estaban en la cárcel, el exilio o fuera de juego) y sin objetivos definidos para sus planteamientos políticos y, lo que es peor, sin capacidad práctica de intentar siquiera llevarlos a cabo.

Con todo, la paz dentro del seno jeltkide no iba a durar mucho. Iba a aflorar nuevamente la corriente independentista encarnada por Jagi-Jagi, aunque esta vez sin la fuerza suficiente para desembocar en una ruptura como ocurrió una década antes.

El primer comité de Eusko Ekintza

Constituido en Bilbao, el 15 de abril de 1931, por Anacleto Ortueta, presidente; José Ramón Basterra, secretario. Representaban a los afiliados de Bizkaia Luis Urrengoetxea, José Ignacio de Arana, Julián Arrien. Por los de Gasteiz, Amadeo García Salazar y F. Agirre. Por Iruñea, Pablo Artxanko. Por Gipuzkoa, Luis Areitioaurtena y José Imaz.

Se puede comprobar un mayor peso de la gente vinculada a Bilbao, reflejo de la importancia de la afiliación de esta

zona. Este mismo día el Comité Nacional emite un comunicado de prensa que pretende acotar el rumor que se había extendido por Bilbao de que los dos partidos iban a fusionarse

ANV lo desmiente de forma rotunda, reitera su apoyo a la forma republicana del Estado español y ataca a los jeltkides desconfiando de sus recientes proclamas aceptando al nuevo régimen. Al mismo tiempo censura al PNV por el robo de las acciones a Arana (que proporcionaban a los jeltkides el control definitivo de todo el *holding* editorial y periodístico del nacionalismo) definiendo como «hombres funestos» a los buruki-des. Por último, reitera su intención de permanecer dentro del Bloque Antimonárquico que tan buenos resultados le habían deparado en las municipales del día 12 de abril.

El 17, en un nuevo comunicado emitido por el Comité Nacional, se insiste en trabajar por una República “federal” y se coloca a Catalunya como ejemplo a imitar. ANV aspira a que se constituya rápidamente un Gobierno provisional que recoja los anhelos de autogobierno de nuestra comunidad para que en un futuro próximo sea el mismo pueblo el que decida sus destinos.

La proclamación de la República

A pesar de que Agirre en Getxo se apresura a proclamar la República vasca dentro de la República española, la actitud del PNV frente a la llegada de la Segunda República fue tibia y recelosa. No les gustaba ese aire laico y de progresismo social que se le intuía, no cuadraba con el ideario jeltzale.

Por el contrario, Acción Vasca festeja el cambio de régimen en España como un primer paso histórico en la consecución de la soberanía nacional de Euskal Herria.

Basándose en las formulaciones del Pacto de San Sebastián, y al haberse restablecido la Generalitat catalana, Acción espera que se constituya rápidamente un Gobierno provisional que dé los primeros pasos para la consecución de un estatuto de autonomía que agrupe a los cuatro herrialdes del Sur como primera premisa para la reunificación de Euskal Herria, un día cercano en el que Hegoalde e Iparralde formen un solo país, un Estado vasco libre. Durante el sexenio republicano, Acción mantendrá esta línea política posibilista como base que acabará con la asunción de la libre determinación de los vascos como pueblo soberano.